

DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1º Y 15 DE CADA MES

SUMARIO:

MAXIMO GORKI. — En el torrente de la revolución.
La rebelión de los esclavos.

MIGUEL REISSNER. — Principios y organización de la Justicia en la
(Profesor de Moscú) Rusia de los Soviets. — (División y unidad del poder. — Verdad, Justicia y Derecho en la República Socialista. — El poder judicial en el centro del país y en las Federaciones Regionales).

M. GOODE. — La conscripción industrial en Rusia. — («El que no trabaja no come». — La obligación de trabajar. — La discusión del proyecto. — Los principios aceptados. — Un censo del ejército. — El único camino).

CORRESPONDENCIA OFICIAL ENTRE LA RUSIA DE LOS SOVIETS Y POLONIA. — (El Partido Socialista polaco al Partido comunista de Rusia. — El gobierno ruso de los Soviets al representante polaco).

JACQUES SADOUL. — Notas sobre la Revolución bolsheviki.

ARTHUR RANSOME. — El Centro textil.

E. KERENLE. — El Partido comunista y los intelectuales de Alemania.
EL CONGRESO DE LOS CONSEJOS DE OBREROS EN INGLATERRA.

ERNEST LAFONT. — Contra la intervención en Rusia. — (El cónsul fantasma. — La diplomacia de los militares. — El terror blanco).

Los documentos que se insertan son auténticos

APARECIÓ

el interesante libro de

LEON TROTZKY

El advenimiento del bolshevikismo

Desde la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litovsk)
Carta del autor a los Revolucionarios Franceses

SUMARIO

Prefacio. — Los intelectuales pequeño burgueses en la revolución. — Los problemas de la guerra. — La campaña contra los bolsheviks. — La ofensiva del 18 de Junio. — Las jornadas de Julio. — Después de las jornadas de Julio. — La insurrección de Korniloff. — La lucha dentro de los Soviets. — La conferencia democrática. — Dificultades en el frente y en las retaguardias. — La inevitable lucha por el poder gubernativo. — La lucha por el Congreso de los Soviets. — El conflicto debido a la guarnición de Petrogrado. — El Soviet democrático y el Parlamento Preliminar. — Los social-revolucionarios y los mensheviks. — Salida del Parlamento Preliminar. — La voz del frente. — Los comisarios del Comité Militar Revolucionario. — La mareasub. — La jornada del Soviet de Petrogrado. — La conquista de los contingentes titubantes. — El principio de la insurrección. — La jornada decisiva. — Los Soviets de los comisarios del pueblo. — Los primeros días del nuevo régimen. — La insurrección de los cadetes oficiales el 20 de Octubre. — La marcha de Kerensky sobre Petrogrado. — El fracaso de la aventura de Kerensky. — Preparativos del interior. — El destino de la Constituyente. — Principios de la democracia y dictadura del proletariado. — Las negociaciones de paz. — Discurso del comisario del pueblo para los Negocios extranjeros. — La segunda guerra y la firma del tratado de paz. — Conclusión.

Es la Historia mejor documentada del momento más culminante de la Revolución Rusa.

Precio del ejemplar: \$ 1.—

No se enviará el libro sin que previamente no se remita su importe, acompañado del correspondiente gasto de franqueo.

Los pedidos no menores de 10 ejemplares 25 % de descuento.

En venta en todas las principales librerías, kioskos y en esta administración.

Pedidos a **JOSÉ NÓ**, Casilla de Correo 1160—Buenos Aires

PROXIMAMENTE APARECERÁ EL LIBRO DE:
NICOLAS LENIN

La obra de Reconstrucción de los Soviets

La disciplina en el trabajo. — Los fines y los medios de la Revolución rusa.
— Democracia y dictadura proletaria.

DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

En el torrente de la Revolución (1)

por **MAXIMO GORKI**

Las mujeres y la revolución

Las cartas más interesantes que yo recibí, son cartas de mujeres. Estas cartas, turbadas por las impresiones del presente tempestuoso, están llenas de angustia, de resentimiento y de indignación, pero no son frías como la de los hombres. En toda carta de mujer resuena el grito de un alma viviente, oprimida por las indecibles miserias de los tiempos en que vivimos.

Producen la impresión de haber sido escritas por una sola mujer, por la Madre de la Vida, por aquella que ha dado al mundo todas las razas y todos los pueblos, por aquella que lleva y llevará en su seno a todos los genios, por aquella que ha guiado al hombre a transformar al grosero insustento animal en el dulce éxtasis del amor.

Estas cartas son el grito del ser que ha traído la poesía a la vida, que ha inspirado al arte y que continuamente es levantado por la inextinguible aspiración a la belleza, a la vida y a la alegría.

Las cartas de las cuales hablo, están llenas del lamento de las madres por la corrupción de la humanidad, que se transforma en cruel, salvaje, vulgar y deshonesta, mientras la moral se torna grosera. Están llenas de imprecaciones contra los bolsheviks, los obreros y los campesinos, e invocan contra ellos todos los horrores, todas las penitencias y todas las torturas.

«Ahorcadles a todos, fusiladlos a todos, destruidlos a todos!», piden las mujeres que fueron madres y nutrieron a todos los héroes y a todos los santos, a todos los genios y a todos los criminales, a todos los intrigantes y a todos los hombres honestos; madres de Cristo y de Judas, del gentil y afectuoso Francisco de Asís, y del triste enemigo de toda alegría, Savonarola, madres de Felipe II que en su vida sonrió una sola vez, cuando tuvo la noticia de la masacre de San Bartolomé, el delito más grande de Catalina de Médici, la cual fué mujer y madre.

Por odio contra la muerte, la destrucción y la atrocidad, la madre, el objeto de la más grande reverencia por parte del hombre, a quien lo orienta hacia cosas bellas y elevadas, ella, la fuente de la Vida y de la Poesía, grita: «Ahorcad, fusilad, destruid!»

Nosotros nos hallamos frente a una temerosa y oscura contradicción, que bien puede destruir la aureola con que la Historia ha circundado a la mujer. ¿Cómo no comprenden las mujeres de lleno su gran función civilizadora, cómo no sentir su potencia de creación, y abandonarse ciegamente a la desesperación que suscita en sus almas maternas el caos de los días revolucionarios?

No quiero penetrar en la cuestión; haré, únicamente, las observaciones siguientes:

Vosotras, mujeres, sabéis que el alumbramiento va siempre acompañado por dolores laboriosos, que el nuevo ser nace entre sangre; así lo quiere la sutil ironía de la ciega naturaleza. En el momento de la liberación vosotras gritáis como seres animales, pero cuando estrecháis contra

el pecho al pequeño recién nacido, sonreís con la beatífica sonrisa de la Virgen.

No quiero reprocharlos los gritos animales; sé que son producidos por un insoportable tormento y también, aunque no soy mujer, tengo menos a la vista esos tormentos.

Espero con toda el alma que pronto, sonriendo con la sonrisa de la Virgen, estrechareis contra vuestros corazones al hijo recién nacido de la Rusia.

Debe recordarse que la revolución no sólo trae consigo crueldad y delitos, sino que provoca también numerosos actos de heroica bravura, de generosidad, de altruismo y de desinterés. ¿Por qué, vosotras, no veis esto también? ¿Acaso porque el odio y la hostilidad os ceguece?

Los cuarenta años de guerra civil del siglo XVIII produjeron en Francia una brutalidad que disgustaba, una crueldad arrogante, pero pensad cuán benéfica influencia ejerció una Julia Recamier! Numerosos son los ejemplos en la historia de la influencia ejercida por las mujeres en el desarrollo de las ideas y de los sentimientos humanos. Es justo que vosotras, madres, seáis excesivas en vuestro amor por la humildad, pero que seáis mesuradas en el odio!

¿Los bolsheviks? Sí, yo creo, precisamente, que son seres humanos como nosotros, nacidos de madres, y en ellos no existe nada más animalesco que en nosotros. *Las mujeres de ellos son personalidades notables, de quienes esperará orgullosa la futura historia de Rusia*, y nuestros hijos y nietos admirarán su energía. Sus actos podrán ser violentamente criticados, e irónicamente escarnecidos, y escarnio y críticas se les ha hecho a los bolsheviks en medida mucho mayor de la que merecen. Sus adversarios los circundan con una oprimente atmósfera de odio y, lo que es más peligroso, están rodeados por la amidad servil e hipócrita de aquellos que giran como perros en torno a los potentes, para servirse como lobos; pero éstos, tenemos la esperanza, lo mismo que a los perros, se les hará morir.

¿Defiendo yo a los bolsheviks? No; yo estoy trabajando en contra de ellos—pero defiendo a los hombres cuyas sinceras convicciones conozco, su honestidad personal; así como conozco la sinceridad de su devoción por el bien del pueblo. Yo sé que ellos están haciendo sobre el vivo cuerpo de Rusia el más cruel experimento científico. Yo sé como se odia, pero prefiero ser justo. ¡Oh, si ellos han cometido muchos errores bastantes graves y serios — también Dios erró cuando nos hizo más estúpidos de lo necesario — pero los juzgaremos nosotros desde el punto de vista de nuestros deseos, que puede ser que sean opuestos a sus deseos y a sus imperfecciones? Sin saber cuáles serán los resultados políticos de su actividad, yo sostengo que, desde un punto de vista psicológico, los bolsheviks han prestado a Rusia un gran servicio, suscitando en las masas el interés por los acontecimientos actuales, porque este interés, en nuestro país, hubiera sido destruido.

No será más destruido, porque el pueblo ha surgido de su apatía a una nueva vida, y nuevas fuerzas han madurado en él. Estas nuevas fuerzas no temen ni a la locura de los innovadores políticos ni a la avidez de los depredadores extranjeros, tan seguros de su invencibilidad. Rusia se de-

(1) Es preciso tener presente que este artículo es anterior a la colaboración de M. Gorki con los bolsheviks.

late convulsivamente entre los dolores terribles y penosos de la liberación; ¿o deseáis, vosotras también, que lo más pronto posible pueda venir a luz una nueva Rusia, bella, buena y humana?

«Dejad que os diga — ¡oh, madres! — que la rabia y el odio son malas comadres.

¿Quién ha profanado al mundo?

Tres años de cruel e insensata masacre, tres años durante los cuales se ha derramado la mejor sangre de la tierra, y se han destruido las mentes mejores de las razas cultas de Europa.

Francia, «la guía de la humanidad», está sangrando hasta la muerte; Italia, «la más bella donación que los dioses han hecho a esta tierra oscura», se halla al borde de la destrucción; Inglaterra, que «con tranquilo orgullo revelaba al mundo los milagros del trabajo», se entumece en un último y desesperado esfuerzo, «el pueblo industrial de Alemania» es sofocado por las garras de acero de la guerra; Bélgica, Rumania, Serbia y Polonia, están en ruina; Rusia, débil y soñadora, el país que nunca ha vivido, que nunca ha tenido ocasión de mostrar al mundo su fuerza secreta, está espiritual y económicamente despedazada.

Durante diez y nueve siglos Europa ha predicado humanidad, en las iglesias que está ahora destruyendo con sus bombas, en libros que hoy sus soldados usan como material incendiario. En el siglo veinte el humanismo es olvidado y escarnecido. Lo que la desinteresada obra de la ciencia había creado, ha sido saqueado por depredadores desvergonzados y ha sido utilizado para la destrucción de la humanidad.

¿Qué son todas las guerras de treinta y cinco años del pasado, frente a estos tres fantásticos años de carnicería? ¿Dónde podéis hallar una justificación de este delirio sin ejemplos contra la civilización de nuestro planeta? De ninguna manera puede justificarse esta horrenda auto-destrucción. Porque cuando los hipocritas hablan de los «grandes» fines de la guerra, sus mentiras no pueden encubrir la verdad vergonzosa: que esta guerra es hija de la avaricia, la única diosa reconocida y adorada por los asesinos que trafican con la vida de la humanidad.

En toda nación estos bribones están diamantando a los que creen en la victoria final de un ideal de universal fraternidad y los llaman locos, hombres peligrosos y sin corazón, soñadores que no saben del amor a la patria.

Ellos olvidan que Cristo, Juan de Damasco, Francisco de Asís, León Tolstói, y todos los otros semi-dioses y superhombres, que forman el prestigio y el honor de la humanidad, fueron soñadores de esta especie. Pero aquellos que están dispuestos a destruir millones de vidas por pocos kilómetros de suelo extranjero, no tienen ni dios ni diablo.

Para ellos, la vida de sus compañeros tiene menos valor que una piedra, y su amor a la patria no es más que un hábito mental adquirido. Quieren continuar viviendo como lo ha hecho la costumbre, a costa de provocar la quebra del mundo entero. Desde hace tres años están viviendo sumergidos hasta el cuello en la sangre de millones de hombres, que se derraman porque ellos así lo quieren.

Pero cuando, al fin, la energía de las masas sea destruida, cuando al fin resurja en ellas la voluntad de vivir una vida más pura y humana, y esta voluntad ponga fin a este delirio sangriento, entonces los culpables de la destrucción gritarán:

«La culpa no es nuestra! La devastación del mundo, la

ruina y el saqueo de Europa, no han sido producido por nosotros!»

Pero cuando llegue ese día, nosotros esperamos que la «voz del pueblo», será «voz de Dios» y sonará más fuerte que las mentiras más descaradas.

Haced que unan sus fuerzas todos aquellos que creen en el triunfo sobre las vergonzas y la locura.

Porque después de todo la razón saldrá siempre victoriosa.

Hombres nuevos

¿Qué nos traerá el año nuevo? Todo lo que nosotros seamos pedire.

Para transformarnos en hombres y mujeres capaces, debemos creer que estos días de furor, manciandados de sangre y de fango, son los grandes días en los cuales nace una nueva Rusia.

Precisamente en estos días, en que los hombres, saturados por la predicación de la igualdad y de la fraternidad, roban al prójimo en plena calle, despojándole hasta de la camisa; en que la lucha contra el ídolo de la propiedad no impide que se maten y se mate con brutalidad bestial y las pequeñas contraventuras de la ley de la inviolabilidad de la propiedad; en que los «ciudadanos libres» hacen de toda clase de comercio sucio y se explotan recíprocamente de la manera más brutal y vergonzosa, en estos días, entre las contradicciones más enormes, nace la nueva Rusia.

Es una creación llena de dolor, que se opera entre la estreptosa ruina de viejas formas de vida, bajo las ruinas de las oscuras cavernas en las que, durante trescientos años, el pueblo ha luchado por un poco de aire, en las cuales se ha nutrido de odio y de infelicidad. En medio del estruendo de toda la degradación y la vileza acumulada sobre nosotros por el pesado yugo de la autocracia, en medio de la erupción de un verdadero volcán de fealdades; está desapareciendo el viejo pueblo ruso, el ocioso soñador, satisfecho de sí mismo. Vendrá el obrero lleno de salud y de alegría, artifice de una nueva vida. El nuevo ruso no es atraente, es menos atraente que nunca. Siempre temiento, que su victoria pueda no ser estable y definitiva, incapaz todavía de gozar plenamente de los frutos de su liberación, él se cubre de una armadura de odios mezquinos, para adquirir, siempre, una certidumbre mayor de la increíble verdad: que es realmente libre. La adquisición de esta certidumbre, a qué precio la viene pagando, a qué precio viene pagando los objetos de sus experimentos!

Pero la vida, maestra severa y despiadada, pronto lo librará, una vez más, a la cadena de la necesidad y la obligará a trabajar, y en el trabajo común olvidará todos los pequeños instintos serviles, vergonzosos, que aun se enseñorean de él.

Hombres y mujeres nuevas serán creados en condiciones nuevas; nuevas condiciones crean nuevos hombres y nuevas mujeres.

De las penas de estos días surgirán estos hombres nuevos, ignorantes de las miserias de la esclavitud, no desfigurados más por la opresión, y la libertad misma que soportarán los hará incapaces de oprimir a sus compañeros.

Vamos al encuentro del año nuevo con confianza en que los hombres aprenderán a amar el trabajo y a comprender su significado. El trabajo hecho con amor no es servidumbre, sino creación.

Cuando al fin el hombre haya aprendido a amar al trabajo que hará para sí, el mundo, con todas sus glorias, será suyo.

La rebelión de los esclavos

«He recibido una serie de cartas procedentes de diversas personas. Todas tienen un tono desesperado y revelan un pavor mortal. Se nota que los que las han escrito han atravesado muchas horas, muchas jornadas sombrías, que sus corazones están torturados por inquietantes pensamientos que les quitán el sueño.»

«¿Qué le ha pasado a ese buen pueblo ruso? ¿Por qué

se ha transformado súbitamente en una fiera ávida de sangre?», me escribe una dama en un papel perfumado. «El Cristo está olvidado; sus doctrinas, deshonradas», me escribe el conde de F... «¿Está usted satisfecho? ¿En que ha parado el gran principio del amor al prójimo? ¿Y la influencia de la escuela y de la iglesia? me pregunta Ch. Bronfem de Tambor.»

«Unos rugen y amenazan; otros se limitan a lloriquear. Todos están excitados, deprimidos; todos tiemblan ante la idea de atravesar esta época trágica y nooble. Como no puedo contestar aisladamente a cada uno de ellos, les contesto aquí a todos juntos.»

«Señores y señoras:

«Los días de expiación de vuestra criminal indiferencia frente a la vida del pueblo han llegado. Todo lo que experimentáis, todo lo que os atormenta, lo tenéis merecido. Y no puedo deciros y deseáros más que una cosa: que sea realizado más profundamente y más intensamente todavía todo el horror de esta vida que vosotros mismos os habéis creado. Que vuestros corazones sientan mayor ansiedad todavía; que las lágrimas turben vuestro sueño; que el viento de locura y de crueldad que pasa sobre nuestro país os quemé como el fuego! Lo merecéis. Seréis aniquilados; pero es posible que todo lo que aun queda de sano y honrado en vuestra alma, sea purificado de la impureza y de la bajeza que en ella habían hecho nido; y vuestra alma, con la que tan poco cuidada habéis tenido; vuestra alma, llena de avaricia, de mentiras, de espíritu de dominio, en una palabra: de los instintos más viles.»

«Señora, ¿queréis saber lo que le ha pasado al pueblo? Ha perdido la paciencia. Se ha callado durante mucho, mucho tiempo sin moverse; se ha sometido a la violencia; durante mucho tiempo sus hombres esclavos han llevado todo el peso de la vida de los poderosos. Pero ahora ya no puede más. Y, sin embargo, está lejos aún de haber sacudido de sus hombros el peso con que se le había cargado. Os habéis asustado muy pronto, señora. Hablando francamente, ¿en qué podía convertirse el pueblo, sino en una fiera? ¿Qué habéis hecho para que no sea así? ¿Le habéis inculcado algo razonable? ¿Habéis sembrado la menor semilla de bondad en su alma?»

«Durante toda vuestra vida le habéis tomado su trabajo, el último bocado de pan, sin comprender siquiera que lo agravabais. Vividís sin preguntaros qué era lo que os hacía vida, cuál era la fuerza que os mantenía. Con el esplendor de vuestros vestidos excitabais la envidia de los pobres y de los desgraciados; cuando ibais al campo y vividís cerca de los mujiks, los mirábais altivamente, como si fueran de una raza inferior. Estos lo comprendían, sin embargo. Son criaturas sensibles y buenas por naturaleza; pero vosotros los habéis hecho malos. Celebrábais fiestas en las que los desheredados no tomaban parte, y queréis que os guarden gratitud. Vuestros cantos, vuestra música no podían emboblar a hombres hambrientos. Vuestros aires de condescendencia, despreciativos para el mujik, no podían despertar en su alma ninguna estimación hacia vos. ¿Qué habéis hecho por él? ¿Os habéis ocupado en mejorar su corazón? No; lo habéis hecho cruel. ¿Habéis deseado que sea más inteligente? No; ni siquiera habéis pensado en ello. El mujik era, a vuestro entender, una bestia de carga; a veces conversabais con él como con un salvaje, pero no habéis visto nunca en él un ser humano. ¿Que tiene, pues, de extraño que sea para vos un animal feroz?»

«Querida señora! Vuestra pregunta no expresa solamente vuestro desconocimiento de la vida, sino también la hipocresía del pecador que, sintiendo que ha pecado, no quiere reconocer sus pecados, abiertamente.»

«Sabéis, no podéis dejar de ver como vivía el mujik. El hombre que es golpeado ha de vengarse forzosamente, tarde o temprano. El hombre para el cual no se tiene piedad, no conoce la piedad. Claro está. Más aún: es justo. Comprendedme, pues: lo más terrible no es pelearse, sino no poder hacer otra cosa que pelearse; no es lo peor no inspirar la piedad, sino no poder inspirarla. ¿Cómo podéis

buscar la piedad en un corazón en el que habéis sembrado la venganza?»

«Querida señora! En Kiev, el buen pueblo ruso ha echado por la ventana de su casa a Bodsky, un gran industrial muy conocido. Asimismo fue arrojado el ama de llaves a la calle. Pero un canario que se hallaba en su jaula fue perdonado. Meditad, pues, esa acción. El canario ha inspirado, en cierto modo, piedad, mientras que el hombre era arrojado por la ventana. Había, por lo tanto, lugar para la piedad en el corazón de los rebeldes. Pero esa piedad no era para el hombre, que no la había merecido. Ahí está todo el horror y toda la tragedia.»

«Querida señora, ¿estáis completamente persuadida de que tenéis derecho a exigir que se conduzcan con vos como con un ser humano, siendo así que vos mismo, durante toda vuestra vida, habéis carecido de piedad para vuestro prójimo y no habéis reconocido en él a vuestro igual? Escribid cartas, sois instruida. Probablemente, también habréis leído libros en los cuales se describe la vida de los mujiks. ¿Que podéis esperar de parte del campesino, cuando sabiendo como vivía, no hicistéis nada para mejorar su existencia? Y ahora sois vosotros los miserables. Y he aquí que escribís, con una mano que el miedo hace temblar, cartas desesperadas a un hombre que — debíais saberlo — no puede ni disipar vuestros temores ni disminuir vuestra pena. No, ciertamente.»

«La expiación está en el orden de las cosas. Vivimos en un país donde hasta nuestros días los hombres han sido azotados con látigos y apaleados hasta producirles la muerte; en un país donde han sido rotas las costillas y mutiladas las caras, por placer; en el cual las violencias hechas a los hombres no tenían límites; en el cual las torturas han sido variadas infinitamente, hasta volver loco de renunciana y de vergüenza. Un pueblo educado en una escuela que recuerda de un modo trivial los tormentos del infierno, un pueblo educado a puñetazos, palos y latigazos, no puede tener el corazón tierno. Un pueblo que los agentes de policía han pateado, será capaz a su vez de patear también el cuerpo de los otros. En un país donde la iniquidad reinó durante tanto tiempo, es difícil al pueblo realizar de la noche a la mañana el poder del derecho. No se puede exigir al que no ha conocido la justicia, que sea justo. Todo se comprende en un mundo donde vos, señora, y la sociedad habéis permitido sin protestar que el hombre sea violentado en todas las formas. Los hombres son hoy más profundamente sensibles que hace cincuenta años a la bofetada que vuestro padre dió entonces a su lacayo.»

«Los hombres se han desenvuelto; y a medida que se desenvolvían, el sentimiento de la dignidad personal crecía en ellos; y, sin embargo, se continuaba tratándolos como esclavos y no viendo en ellos más que a animales. ¿Querida señora! No exijáis de los hombres lo que no les habéis dado. No tenéis derecho a la piedad; la piedad os es desconocida. El pueblo ha sido atormentado y continúa siéndolo por todos los que tenían o tienen aún un poder cualquiera sobre él. Ahora que el zarismo y el capitalismo han llevado a País a la Revolución, todas las fuerzas oscuras del pueblo se han desenvuelto, todo lo que ha sido reprimido durante siglos ha hecho explosión y la venganza está en todas partes.»

«Hay, no obstante, en el país otra fuerza, una fuerza luminosa, animada de un gran pensamiento, inspirada por el sueño esplendoroso de un reino de justicia, de libertad, de belleza... Mas, ¿para que describir en palabras, que rida señora, la hermosura y la grandeza del mar a quien ya no tiene ojos para verlas?»

MÁXIMO GORKI.

RENOVACION DE SUSCRIPCIONES

Con este número venció el tercer trimestre de la Revista. A los suscriptores que se les ha vencido la

suscripción y no la renovación, se les suspenderá sin más trámite, el envío de la Revista.

Principios y organización de la justicia en la Rusia de los Soviets

(Este excelente trabajo de Miguel Rensner, que traducimos de la versión italiana, mereció un comentario interesante del profesor Enrique Ferré, quien ha vuelto a las filias del socialismo italiano, según un telegrama que insertaron los diarios. Publicaremos el trabajo de Ferré en el próximo número).

I

División y unidad del poder

El sistema de la división del Poder, aceptado en casi todas las repúblicas democráticas no existe absolutamente en la República rusa de los Soviets. He aquí las razones:

a) La división del Poder en legislativo, ejecutivo y judicial, deriva de propósitos políticos. Una división semejante corresponde a la organización del Estado burgués, donde lo esencial es lograr el equilibrio de las fuerzas políticas fundamentales, las cuales representan, por una parte, a la clase poseedora, y, por la otra, a las oprimidas masas laboriosas. El Estado burgués, — expresión de un compromiso formal, independiente de su voluntad, entre los opresores y los oprimidos en general — tiende al equilibrio y a la división del poder: así existe la división del gobierno y de la representación popular, del Estado y de la Sociedad y de los diferentes poderes. Este equilibrio y esta división dan cierto carácter de moderación, también, a la dominación de clase más despiadada y precisamente por esto los Estados, fundados sobre la opresión continua, se muestran devotos de este equilibrio y de esta división. La separación del poder judicial en un cuerpo político especial ofrece, además, otras ventajas sometiendo toda la administración al control judicial en interés de la misma burguesía y dando, al mismo tiempo, un carácter de imparcialidad y objetividad a la justicia de clase. Es de este modo que la más feróz actividad de los tribunales de clase, destinada, en su mayor parte, a la represión despiadada de las masas proletarias, adquiere la reputación de una justicia verdadera y equitativa, y no de un simple instrumento en manos de los intereses patronales.

b) Todos saben que con el mismo propósito de ostentar un carácter de imparcialidad y de objetividad, los Estados burgueses han adoptado una serie de medidas para asegurar la independencia de la conciencia de los jueces. Tales son, por ejemplo, entre otros, la inmovilidad de los jueces, la permanencia en su cargo hasta la muerte, los grandes sueldos, etc. Vemos que la inmovilidad de los jueces y los cargos durante toda la vida se mantienen, sobre todo, en los tribunales superiores como un resto del pasado, aún en las mismas repúblicas democráticas, en las cuales el principio de la soberanía popular ha obligado a las clases dirigentes a hacer importantes concesiones a las masas populares, sobre todo en lo concerniente a la elección del juez. Pero aun la inmovilidad no ha asegurado, en ninguna parte, la independencia real del juez y la sinceridad de su conciencia; mas, los jueces vitalicios se han transformado, en todas partes, en una casta estrecha, inaccesible a los profanos, y esta casta se ha convertido en la más estrecha e intolerante defensora de los intereses exclusivos de la clase dominante, en cuanto se siente protegida como dentro de una fortaleza contra las necesidades del pueblo y contra su misma conciencia jurídica. Puede decirse, sin temor a exageración, que, en la sociedad burguesa, la corporación de los juristas es el más fiel guardián del Capital.

c) La república socialista de Rusia no tiene interés por la división, y el equilibrio de las fuerzas políticas, desde que ésta se basa sobre el dominio de una sola fuerza, única y universal, la fuerza de las masas proletarias y campesinas de Rusia. Esta única fuerza política persigue, al mismo tiempo, un solo objetivo común: realizar una organización socialista. Por consiguiente, en su lucha heroica, necesita, no ya de un fraccionamiento de las fuerzas, sino, al contrario, de su unidad y concentración. Por otra parte, nuestra república no necesita de hipotecas o de velos. Hallándose en una lucha activa contra fuerzas reaccionarias, dirige abiertamente contra ellas a los tribunales revolucionarios, instrumentos inmediatos de su lucha revolucionaria. Finalmente, nuestra república está fundada sobre la conciencia jurídica de las masas y no sobre la de los opresores; ella no necesita, pues, crearse un Derecho y leyes especiales, levantadas por encima de las masas. Al contrario, necesita un Derecho que surja inmediatamente del seno de las masas populares. A su vez, la república no necesita de una casta de legistas diestros y hábiles que, bajo la apariencia del derecho, sirvan los intereses de una minoría, necesita de jueces que sepan traducir fielmente la conciencia jurídica popular y que no interpreten su propio derecho, sino el de las mismas masas populares. Para tal objeto es indispensable un tribunal popular, elegible y movable, tribunal que debe estar estrechamente unido al Poder único de los Soviets, en la comunidad de sus propósitos y en la lucha revolucionaria.

II

Verdad, Justicia y Derecho en la República Socialista

Para explicar mejor las bases de la actividad judicial de nuestra República, es necesario recordar que la burguesía ha desnaturalizado todas las concepciones de Derecho y se debe, también, recordar la naturaleza de los problemas que corresponden a una organización socialista en el dominio de las ideas jurídicas y en el funcionamiento del aparato judicial.

Debemos, por consiguiente, señalar aquí, sobre todo, los puntos siguientes:

a) La idea general del derecho es deformada hasta el extremo en los países burgueses. El elemento de fuerza y de violencia ha sustituido de modo formal al elemento del derecho. Se ha comenzado por confundir el derecho con la ley; luego la ley con el derecho y, finalmente el decreto ha sido interpretado en el sentido de una brutal coacción. Se ha creado la teoría de que el único derecho existente es el derecho fabricado en los parlamentos, visado por los reyes y por los presidentes y aplicada por medio del tribunal, del policía y de la guillotina. El derecho, de modo semejante, ha sido totalmente arrancado de la vida real, puesta por encima de la misma y colocado a la disposición absoluta del poder estatal. Puede afirmarse sin exagerar, que el derecho ha sido transformado en una especie de monstruo al cual debe sacrificarse todo. En realidad, el derecho no puede ser considerado más que estrechamente unido al concepto de justicia. Actualmente la Justicia no significa otra cosa que una equitativa repartición de los bienes materiales e intelectuales entre los hombres según sus necesidades y la utilidad pública de su trabajo. Para este punto de vista no existe más que una sola justicia, de la misma manera que no existe más que una sola aritmética que determina las reglas de la división de la unidad; y no es sin razón, ciertamente, que un sabio moderno ha definido el derecho y

la justicia como la «matemática vital». Pero la matemática puede evidentemente aplicarse a diversos intereses y a propósitos bastante diferentes. La burguesía tiene su propia justicia según la cual los unos disponen de todo, y los otros de nada. La justicia y el derecho proletarios exigen que todas las cosas pertenezcan a todos, en propiedad común. De tal modo el derecho no sirve más que como barniz y forma a un determinado interés de clase o, en general, a un interés económico.

b) Se nos presenta esta cuestión: ¿el derecho y la justicia deben existir en nuestra República? La respuesta no puede ser más que afirmativa, puesto que, ante todo, atravesamos un período de lucha en el cual solamente se han colocado los fundamentos de la organización socialista, vivimos aún en una época de transición entre la sociedad burguesa y el mundo socialista y comunista. De esto se deduce que debemos oponer a la justicia burguesa nuestra justicia, vale decir, que nuestro Poder asume la forma de un Poder de derecho, como acontece siempre con toda clase que se subleva contra el antiguo derecho. La existencia de clases burguesas que todavía no están definitivamente destruidas, induce a plantear la cuestión de su derecho a la existencia, cuestión a la cual nosotros no podemos responder más que negativamente, según nuestro derecho y nuestra justicia. Por otra parte, puesto que todavía el orden socialista no se ha realizado de manera definitiva, se ve surgir todos los días cuestiones (división de tal o aquel otro bien, justa repartición de los impuestos o de los gravámenes, solución jurídica de los conflictos), cuestiones que, ciertamente, desaparecerán con el triunfo final del Socialismo. Actualmente toda repartición debe producirse conforme a la justicia, y toda división del poder supone la existencia del derecho y de un poder justamente regulado. En fin, estas obligaciones a reconocer que la necesidad de una justa repartición subsistirá por mucho tiempo en nuestra sociedad, y junto con ella la necesidad de penas y de sentencias justas. En consecuencia, deberse, por mucho tiempo, todavía, verificar las partes según justicia, vale decir, fijar fórmulas de igualdad entre los iguales y de desigualdad entre los desiguales. La historia — con nuestra mayor satisfacción — nos muestra que cada día nos aproximamos más a la desaparición progresiva del derecho, considerado como la ley principal y superior que reinaba sobre la vida entera. La justicia muerta, esta «matemática vital» es poco a poco sustituida por el principio de conformidad con el objetivo, que, a su vez, se conecta con el interés económico. El derecho no conserva más que el dominio de las relaciones secundarias y de menor importancia.

c) Los juristas burgueses, fortificándose en la lucha del antiguo régimen contra el poder, objetan a nuestra República que no posea una vasta colección de leyes, códigos y estatutos, y que con frecuencia se encuentran en nuestros decretos un llamado a la conciencia jurídica revolucionaria. Únicamente la gente ciega e ignorante puede valerse de semejantes argumentos. La misma ciencia burguesa, en estos últimos tiempos, ha llegado a esta irresistible conclusión: que el derecho surge de las condiciones reales de la vida, del ambiente económico; que es la masa popular la que aparece como su primer creador. El derecho escrito, en todos los países, no es más que una infima parte del derecho no escrito, que vive en la conciencia popular y que se desarrolla por encima de la influencia de todo orden legal. Este derecho es únicamente la fuente de todo orden legal y se llegará a obtener un bello engrandecimiento de resmas de papel, pero no podrá existir ninguna organización jurídica donde este derecho no exista. También en los países burgueses los códigos civiles y penales se hacen cada vez más bebes y otorgan al juez mayor libertad para juzgar según su propia conciencia. La Revolución Rusa desde el primer momento ha caminado por este sendero, organizando los tribunales populares y trayendo a las masas populares hacia la acción judicial, en vasta escala. En la Comuna de Crossstädt los tribunales se llamaban cabalmente: «Tribunales de la conciencia proletaria», y precisamente, esto es lo que por su naturaleza deben ser.

Después de lo cual no nos resta más que una última cuestión: la de la organización de los tribunales en las diferentes regiones y en el centro mismo de la República socialista rusa.

III

El poder judicial en el centro del país y en las Federaciones Regionales

Me ocuparé aquí, sobre todo, de un punto: o sea de la necesidad de cierta centralización en la organización judicial. No es ciertamente muy deseable ver a Rusia encerrarse en las mismas formalidades judiciales. La fuente de todo poder se encuentra entre nosotros en lo bajo, en las masas populares; nosotros no podemos ni obstaculizar ni impedir, de ninguna manera, el libre desarrollo del derecho popular en los tribunales. Es necesario distinguir dos lados en la cuestión; ante todo, el dominio del derecho «material», vale decir penal y civil, y, en segundo lugar, el derecho de procedimiento, o sea los decretos que se refieren a la misma organización de los tribunales. En lo relativo a la primera cuestión hemos hablado suficientemente, y no creemos necesario confirmar la imposibilidad de insistir sobre la división aceptada por la sociedad burguesa. Esta ha establecido dos grandes divisiones del derecho, de pleno acuerdo con su estructura social, basada en la existencia de clases; por una parte, el derecho privado o civil, sometido al arbitrio de los particulares; por otra parte el derecho público o de Estado en que el poder público dispone de toda cosa. De tal manera los intereses económicos más importantes para las masas populares — la dirección de toda industria, de los transportes, del cambio, de las habitaciones, de la tierra, etc., han sido libradas al arbitrio privado, mientras la misión del Estado se limita a las finanzas, al ejército, a la burocracia, a las relaciones internacionales y a los tribunales. En nuestra República se ha producido un cambio importante; las relaciones hasta hoy consideradas como privadas pasan gradualmente a ser de competencia inmediata de la sociedad, o sea, de la República de los trabajadores. Hemos llegado a la nacionalización y socialización de la propiedad privada y a transferir a manos de los obreros y de los campesinos los bienes indispensables al pueblo que anteriormente se hallaban a disposición de los capitalistas. Por otra parte, una cantidad de asuntos — los más importantes del Estado — considerados hasta hoy como del dominio privado, y puestos completamente a disposición de los particulares.

La República ha tomado la dirección de los bancos, de las habitaciones, de las fábricas, de la tierra, del comercio, dejando privadamente a cada persona los asuntos de la religión y de la iglesia, la libertad de cambiar su nombre de familia, la libertad de pertenecer a éste o aquél Estado, etc. La cuestión relativa a la conservación del derecho privado como algo que existe independientemente del Estado pierde toda razón de ser. El derecho privado, en el antiguo sentido de la palabra, no subsistirá. El derecho penal modifica en tal sentido su composición hasta un punto muy importante. El derecho de procedimiento que establece la organización judicial y el funcionamiento de los tribunales persiste en nuestra República, aun cuando la Revolución haya aportado modificaciones bastantes importantes. Acontece que es muy difícil establecer los límites precisos de las diversas ramas del derecho y aun más difícil el fijar las proporciones en que cada una de estas ramas del mismo árbol deben distribuirse entre los poderes judiciales locales y centrales de la región y del distrito. Existe aun un problema de derecho de innegable competencia del poder central: el de la organización independiente del instrumento capaz de expresar las ideas jurídicas de las masas en las condiciones técnicas más favorables, y capaz de dar una forma jurídica al espíritu creador revolucionario.

b) Es un hecho que nuestra Revolución continúa

creciendo constantemente y que el desarrollo revolucionario asumirá, cada vez más, un carácter de precisa organización. La lucha espontánea de la primera hora se ha substituido por la organización de acuerdo a un plan determinado, y en esta organización la unidad del frente revolucionario determina, también, la unidad de sus propósitos fundamentales y de su acción. Una unidad semejante no es posible más que a condición de que las principales medidas revolucionarias — especialmente la formación de nuevas instituciones — permanezcan estrechamente ligadas a la actividad del centro. De este modo los problemas primordiales de la Revolución encontrarán su idealización bajo un mismo aspecto, en toda la República. Esto se refiere, particularmente, a las cuestiones de organización de los tribunales y de su funcionamiento, ya que sobre este terreno nuestra República debe situar la verdadera ciudadela del antiguo régimen, destruirlo y reconstruir el orden social con la mayor rapidez y el mayor método posible. Las fuerzas locales son absolutamente insuficientes para un trabajo semejante. Una vasta erudición científica es necesaria, y también un conocimiento profundo de la experiencia de los países más democráticos; y además de las capacidades técnicas para formular y adoptar disposiciones de leyes; a fin de que no se produzcan malentendidos nocivos y peligrosos. Por el momento, únicamente el centro de la República posee capacidades suficientes para efectuar un trabajo tan complicado y penoso, cosa que de por sí hace inevitable la centralización de las medidas correspondientes. No entendemos, empero, referidos con esto a una presión burocrática y administrativa a ejercerse sobre la actividad de los tribunales locales. El único medio que puede reconocerse bueno bajo este aspecto sería una legislación que por medio de normas comunes a todo el país y penetrada del mismo espíritu, llegara a crear un nuevo orden y una nueva organización de los tribunales revolucionarios. Pero en el campo del derecho material es menos necesario introducir semejante centralización. Este derecho, emanando de la conciencia proletaria, abarca siempre una profunda y extensamente toda la masa de las pequeñas relaciones locales, sin tener necesidad de una dirección central. El legislador, particularmente el del centro, no tiene necesidad de ocuparse. Mientras tanto es necesario hacer resaltar diversamente las más importantes reformas que anulan

enteramente el antiguo sistema del derecho privado, particularmente el derecho de propiedad, de obligación, de sucesión, de comercio, etc. En esta esfera del derecho una legislación central es igualmente necesaria, tal como la legislación socialista en la República socialista de los Soviets de Rusia, con toda la coherencia y la uniformidad necesaria con la plena conciencia del objetivo único a alcanzarse. El desorden, el desacuerdo, la vacilación en la aplicación de las diversas medidas, todo esto puede ser útil a las fuerzas reaccionarias para asegurarse un refugio en la periferia mientras el centro las combate encarnizadamente.

Las mismas consideraciones se aplican al derecho penal, hasta tanto, que nos encontremos en esta esfera frente a la conciencia popular y a la idea creadora popular; una libertad completa debe ser evidentemente abandonada a la actividad de los tribunales locales. Pero cuando se trate de destruir para siempre los procedimientos salvajes y los suplicios crueles de la justicia burguesa de clase, una legislación central será necesaria para abolir el antiguo código penal, y para ir en ayuda de la fuerza creadora del pueblo en sus nuevas tendencias, puesto — repitámoslo una vez más — el derecho penal contemporáneo no es únicamente una mera aplicación de la justicia. Está en gran parte destinado a otros propósitos: emendar al delincuente, arrojar de la sociedad a un miembro que ha seguido el camino del vicio o del delito. En este caso no basta solamente apoyarse sobre la justicia pura. Es necesario tener también conocimientos, experiencia e instrucción, factores todos éstos que no se encuentran sino en el centro.

Definiremos ahora la conclusión que fluye de nuestro escrito en pocas palabras: los tribunales populares deben tener plena libertad en la interpretación del derecho, pero la legislación judicial, penal, y, en cierta medida, también la antigua legislación civil, deben regularse en forma centralizada, con leyes generales para la República socialista de Rusia. La actividad judicial debe centralizarse.

Miguel Reissner.
Profesor. — Moscú.

La conscripción industrial en Rusia

(Del «The Manchester Guardian», del 27 de Febrero de 1920).

«El que no trabaja, no come»

(El gobierno bolshevik intenta revivir las industrias productivas de Rusia por un sistema de conscripción industrial basado sobre los cuadros de los ejércitos. Esta es la gran tarea de 1920, si cesa la guerra civil y exterior. El plan y el experimento que actualmente progresa, ha sido descrito detalladamente por primera vez en este artículo por nuestro corresponsal especial, quien ha permanecido en la Rusia bolshevik desde cuando Mr. Goode visitó a Moscú).

(Nota de la redacción, del «Manchester Guardian»).

Por fin, después de la derrota de Kolchak, Denikin y Judenitch, el gobierno de Moscú tiene sus manos libres para trabajar en la desesperada tarea de reparar el espantoso daño hecho a Rusia en cinco años y medio de continua lucha, aún no definitivamente terminada. (Los japoneses tienen tropas en territorio ruso en el Este, y el ejército polaco amenaza todavía por el Oeste).

El éxito o el fracaso de Rusia en la curación de sus he-

ridas tendrá inmensa significación para el resto de Europa. Suponiendo que ella declinará o que recayerá otra vez, en la guerra civil, mientras los gobiernos europeos apuestan primeramente en el éxito de uno, después en el de otro grupo de aventureros políticos y soldados profesionales, y apuestan, como hasta ahora, con el dinero y las propiedades de sus respectivos pueblos que protestan; suponiendo que Rusia, en este camino, empujada atrás, otra vez, hacia la Edad Media, la civilización en general, no solamente en Rusia, sino en todas partes, perdería con ello.

En consecuencia, no es exagerada la afirmación que los bolsheviks en su actual lucha contra el colapso de la industria rusa, como de la agricultura rusa batallan fieramente para salvar a la civilización, y no meramente para salvar el sello particular del Socialismo, que ellos consideran el único medio de lograr esa salvación. La cuestión entre el socialismo y el capitalismo puede considerarse como secundario frente al grande problema consistente en la obsolescencia o no sobrevivencia de la civilización, colocada bajo la gigantesca conmoción provocada en toda Europa por las decisiones militares.

Yo creo que los métodos con los cuales Rusia intenta luchar para evitar la ruina, rescatar la industria inutilizada por la guerra, alimentar y calentar sus poblaciones, proporcionar a sus campesinos mercaderías manufacturadas, en una palabra, prevenir de que el país no quede su-

mido en el atraso y vuelva al estado primitivo y incapaz para ser lo que fue una vez, fuente de provisión, y no solamente para sí mismo, interesa por igual a socialistas y capitalistas.

Desde el momento en que amañara la guerra civil, las cabezas de la República tomarían a esta tarea, forzosa-mente subordinadas antes a las necesidades de la propia defensa, y aún cuando el primer experimento, comprendiera un área como el de Inglaterra, si obtuviera éxito, podría señalarse como el camino expedito para terminar con la calamidad económica de Rusia, y si fallara, podría traer consigo el colapso o una alteración radical del gobierno que osó ensayarlo.

Si semejante experimento fuera intentado en cualquier otra parte, pocos pronosticarían el éxito, sino el desastre. En Rusia misma ello se ensaya con mucho recelo. Es, no obstante, un resultado de la preocupación colectiva; ha sido discutido y rediscutido, y si ahora se ensaya, es por que pareció imposible dar con un método más factible.

La obligación de trabajar

El principio general de la conscripción industrial es reconocido por la Constitución Rusa, sección 2, capítulo 5, párrafo 18, que dice: «La República Socialista Rusa Federal de los Soviets reconoce que el trabajo es una obligación de cada ciudadano de la República, y proclama: «El que no trabaja, no come» Sin embargo, una cosa es proclamar tal principio, y bien otra cosa es ponerlo en acción.

El 17 de Diciembre de 1919, en un momento en que era claro que existía la posibilidad real de que la guerra civil tocara a su término, Trotzky cedió al «Pravda», para que le imprimiera un memorándum consistente en una especie de «tesis» o notas razonadas acerca de la conscripción industrial y el sistema de milicia. Señaló que un Estado Socialista demanda un plan general para la utilización de todos los recursos de un país, incluyendo su energía humana. Al mismo tiempo «en el presente caos económico, en el que se mezclan los rotos fragmentos del pasado con los comienzos del futuro», saltar repentinamente a una economía nacional, completamente centralizada, como una unidad, es imposible. Las iniciativas locales, los esfuerzos locales, no tienen que ser sacrificados porque se haya trazado un plan.

Al mismo tiempo la conscripción industrial es necesaria para completar la socialización. No puede respetar la individualidad, lo mismo que la conscripción militar. Sugiere el una división del Estado en distritos territoriales de producción que coincidirían con los distritos territoriales del sistema de milicia, que reemplazarían al ejército regular. El registro del trabajo sería necesario. También sería necesaria la coordinación del registro militar con el industrial. En la desmovilización, los cuadros de los regimientos, divisional, etc., formarían los cuadros fundamentales de la milicia. La instrucción para este fin estaría comprendida dentro de los cursos que se dan a los trabajadores y campesinos en su entrenamiento para que lleguen a ser oficiales en cada distrito.

La transición al sistema de milicia tiene que realizarse cuidadosa y gradualmente, para que la República no quede, ni por un momento indefensa. Mientras no se pierda de vista en estos últimos designios, es necesario decidir cuáles son las necesidades inmediatas y calcular exactamente el monto del trabajo necesario para su limitada realización. Sugiere la idea del registro del trabajo practicado en el ejército. Si el trabajo es insuficiente en el ejército, será debido a la impericia de los trabajadores que tienen que ser licenciados con la condición de emplear sus energías en trabajos productivos, o a la no realización del trabajo en el ejército tiene que ser reforzado por la movilización de elementos extraído de él. Propone que una comisión, bajo la dirección del Consejo de la Economía Pública, prepare un plan preliminar y lo someta al Departamento de Guerra, teniendo por objeto la utilización del aparato militar para este nuevo propósito industrial.

La discusión del proyecto

Las veinticuatro tesis o notas habían sido escritas en momentos extraordinarios, acá y allá, en el camino de un frente al otro.

No integraban, pues, un todo armónico. Entre unas y otras, se notan contradicciones, y era bien claro que Trotzky mismo no había concebido un plan definitivo.

Pero sus notas molestaron y estimularon tanto a los otros ciudadanos, que ellos hicieron, quizás, el trabajo que precisamente intentaba realizar. El «Pravda» las imprimió con una nota del editor en la que invitaba a su discusión.

El «Goscomitsheskaya Jizn» insertó infinidad de cartas de trabajadores, oficiales y otras personas, ya atacando, ya aprobando o trayendo nuevas sugerencias sobre el proyecto. Larin, Semashko, Pyatkov, Bucharin y otros tomaron parte en la discusión. Larin dijo que él ve en las proposiciones el comienzo del fin de la revolución, estando convencido que la autoridad pasaría de la democracia de los obreros a manos de los especialistas. Rykov cayó sobre ellos con suma vehemencia abogando a favor de los gremios obreros. Todos, empero, concordaron sobre un punto, a saber: que algo semejante a lo proyectado era necesario. El 27 de Diciembre una comisión designada para estudiar el problema de la conscripción industrial quedó formada bajo la presidencia de Trotzky. Esta comisión incluía a los Comisarios del Pueblo o Ministros del Trabajo de Vías de Comunicación, de Provisión, de Agricultura y de Guerra y a los presidentes del Consejo Central de los gremios obreros y al Consejo Supremo de la Economía Pública. Compiló una lista de las principales cuestiones, e invitó a todos los interesados a someter sus sugerencias y puntos de vista a la discusión.

Pero la discusión no quedó limitada únicamente a los periódicos o a esta Comisión. La cuestión fue discutida en los Soviets y en todas las conferencias que se celebraban con cualquier motivo en todo el país. De este modo el 1.º de Enero todas las conferencias rusas de los departamentos locales para el equipamiento y distribución del trabajo, después de prolongadas discusiones, contribuyeron con sus puntos de vista. Señalaron lo siguiente: 1.º la necesidad de utilizar en el trabajo a numerosas personas que por ser especialistas en ramos calificados, fueron hasta ahora empleados en tareas de inferior utilidad; 2.º que la evaporación del trabajo práctico y especializado en la especulación improductiva pudo, por lo menos, referirse con la introducción de libros especiales de trabajo con los cuales se llevaría una especie de control y registro del trabajo practicado por cada ciudadano; 3.º que pueden traerse de los pueblos trabajadores solamente por aquellos libros abastecidos de provisiones o situadas en distritos donde abundan. («La opinión de que en ausencia de estas condiciones preliminares será posible obligar a los trabajadores a salir de las ciudades mediante medidas compulsivas o por la movilización, es profundamente errónea»); 4.º que se llevaría un censo de trabajo y que las asociaciones del trabajo serían invitadas a proteger los intereses de los conscriptos. Finalmente, esta Conferencia aprobó la idea de utilizar la organización militar ya existente, para llevar a cabo el censo del trabajo del Ejército Rojo, y para ocuparlo en trabajar en las ciudades durante las desmovilizaciones parciales, pero se opuso a la idea de dar una organización militar al registro del trabajo y a la conscripción industrial en general.

Los principios aceptados

En Enero 23 de 1920, el Comité Central del Partido Comunista, después de una prolongada discusión del aspero memorándum de Trotzky, adoptó finalmente y publicó una nueva edición de las «tesis», aclarándolas y alterándolas, transformando así en un razonado cuerpo de verdadera teoría, enteramente diferente del primitivo, vagamente trazado por Trotzky en sus andanzas de uno a otro frente. Aceptaron definitivamente el principio de la conscripción industrial, señalando las razones inmediatas para ello, derivadas del hecho que Rusia no puede esperar durante mucho tiempo apoyo del exterior y debe, por lo tanto, de cualquier modo, auxiliarse a ella misma.

Algo semejante a las conclusiones finales del Partido, será sin duda, sometido al Comité Central Ejecutivo de la Asamblea Panrusa, ahora reunida, e indudablemente se puede desde ya pronosticar el más importante desarrollo de la Rusia en este año. Pero la conscripción industrial viene ya siendo puesta en práctica en Rusia. En el mes

de Enero, cuando la discusión al respecto estaba en curso, el Soviet del Tercer Ejército se dirigió al Consejo de Defensa de la República invitándolo a hacer uso de este cuerpo (que por el momento había terminado su tarea militar) y a hacer un experimento como ejército del trabajo. El Consejo de Defensa concordó con esta proposición. Representantes de los comisariados de Provisiones, Agricultura, Vías de Comunicación, Trabajo y del Supremo Consejo de la Economía Pública, fueron enviados a ayudar en este sentido al Ejército del Soviet. El ejército fue llamado orgullosamente «el Primer Ejército Revolucionario del Trabajo», y ahora emite comunicados «desde el frente del trabajo», que son precisamente iguales a los comunicados de un ejército en campaña. Transcribo, a título de curiosidad, el primer comunicado lanzado por el Ejército del Trabajo del Soviet:

«Madera disponible en los distritos de Ishim, Karatalskaya, Kaminskaya, Zorodolovskaya, Yalatorovskaya, Ynshaly, Kamishlovo, Turinsk, Altynai, Oshlchenskovo, Shadrinsk; 10.180 cubicos sarzhins. Trabajadores, 52.651. Se tomó en las estaciones ferroviarias, 5.334 cubicos sarzhins. Trabajadores en transporte 22.840. Un centenar de carpinteros fueron enviados a las minas de Kizelovsk; 100 carpinteros fueron enviados al puente de Ufa; un ingeniero especialista, fue enviado al gobierno del Consejo de Economía Pública para reparar los molinos en el gobierno de Chelyabinsk; un instructor responsable fue enviado a ajustar las cuentas de las organizaciones económicas de Kamut-Shloro. Se reparan las locomotoras procedentes del trabajo en Ekaterinburg. Enero 20, de 1920. Medianoche»

Un censo del ejército

El Ejército del Trabajo del Soviet ha recibido una relación sobre el estado del distrito cubierto por el ejército con el propósito de proveer a lo que faltara para el trabajo. Ha llevado a cabo ya un censo del ejército, y ha hablado a más de 50.000 trabajadores, de los cuales un considerable número son especialistas. Ha establecido un plan general de trabajo, tendiente al restablecimiento de la industria en los Urales, que sufrió mucho durante el régimen de Koltchak y por el flujo y reflujo de la guerra civil, y está actualmente considerando una concepción de uno de sus miembros, la que si se llevara a cabo, el Ejército del Trabajo sería aumentado a 300.000 hombres, mediante la movilización.

El 23 de Enero, el Consejo de Defensa de la República, se animó a ir aún más lejos y decidió hacer uso del Ejército de Reserva con el propósito de mejorar los transportes ferroviarios sobre todo el ferrocarril de Moscú a Kazan, una de las principales vías que unen los distritos ali-

menticios del Este con Moscú. El principal propósito de este plan es restablecer el tráfico entre Moscú y Ekaterinburg, y reparar la línea ferroviaria Kazan - Ekaterinburg, la cual sufrió particularmente durante la guerra. Se está efectuando un ensayo para reconstruir el puente sobre el Río Kama antes del deshielo. El comandante del Ejército de Reserva es nombrado Comisario de la parte Este del ferrocarril Moscú - Kazan, conserva el cargo de comandante del ejército.

Con el propósito de establecer una coordinación entre el Ejército del Soviet y las autoridades ferroviarias, se nombró también a un miembro del Soviet, comisario ferroviario. El 25 de Enero se anunció que un experimento similar se estaba realizando en Ucrania.

«El único camino»

Es obvio afirmar que medidas semejantes a las expuestas más arriba darán base a toda clase de oposiciones proveerán de fundamento a todo género de crítica destructiva. Pero será inútil, pues, los comunistas tienen tanta culpa de ello como nosotros mismos. Y si, conociendo el peligro, nadie se expone al riesgo de introducir estas medidas, hemos de concluir que estamos convencidos de que no hay otro camino mediante el cual Rusia puede, una vez más, ser puesta en condición de proveer de materias primas a cambio de maquinaria, es decir, en condición de ayudarse y de que le ayudemos, como es nuestro deber en su gigantesca lucha a favor de la salvación de la civilización. Los bolsheviks hallaron las minas de carbón de Dometz arruinadas, temporalmente inutilizadas en las postmistras de la administración de Denikin, y los Urales en no mejores condiciones después del régimen de Koltchak.

Crean firmemente que cualquier otro gobierno ruso tendría que utilizar forzosamente la conscripción industrial, pero que nadie sería capaz de proclamar que la producción colectiva no debe ser aprovechada para la apropiación individual o para la apropiación de grupos de individuos. Tienen frente a ellos el cuadro tético de la bancarrota de Koltchak y Denikin, de relieves tan ilustrativos. Durante toda la discusión preliminar, aunque alguna que otra posición fue furiosamente criticada, ninguna voz hubo que sugiriera que Rusia pudiera salvarse sin realizar algún esfuerzo extraordinario del género del proletariado. Los comunistas podrían quebrarse en la prueba. Pero fracasen o logren el éxito, el experimento es del mayor interés y de su fracaso o éxito depende el espacio de tiempo que habremos de esperar para que Rusia sea capaz de unirse a nosotros para reparar de la ruina general a Europa.

M. GOODE.

Corresponsal del «Manchester Guardian» en Rusia.

Correspondencia oficial entre la Rusia de los Soviets y Polonia

Publicamos más abajo la correspondencia cambiada entre los dirigentes del Partido Socialista Polaco y el gobierno ruso de los Soviets.

El Partido Comunista Obrero se le llamaría en el lenguaje parlamentario, el partido gubernista en Rusia. El Partido Socialista Polaco es la parte de los socialistas nacionales polacos, que en Noviembre del 1918, después que la revolución en Alemania libertó los territorios ocupados en Polonia, formó el gabinete Marozewsky que llevaba la responsabilidad por haber puesto en el poder al actual jefe del ejército Pilsudsky. El gabinete Marozewsky cayó, pero Pilsursky quedó en el poder, no obstante su afiliación al partido. El partido hacía una figura bastante triste en las elecciones a la dieta de Polonia, y hoy en día desempeña el papel de oposición de su majestad. Aunque se puede decir regañado por su favorito «Nachelkhi». (jefe: Pilsursky) el partido sigue adhiriéndose a él con la persistencia de un mendigo.

llama la atención en la correspondencia, que a pesar de la carta estuviera dirigida al Partido Obrero Comunista Ruso, fuese contestada por el gobierno ruso, por intermedio de su portavoz oficial en los asuntos de política exterior y que, luego, la contestación fue dada no al remitente, al Partido Socialista Polaco, sino al mismo gobierno polaco por intermedio de su representante acreditado. La razón de ello debe hallarse en la circunstancia de que el Partido Comunista Obrero Ruso, bien enterado de la insinceridad, en materia de principios, del Partido Socialista Polaco, cuyo pasado conocía suficientemente, prefería proceder frente a este documento por vía oficial y no considerarlo como expresión de la opinión benevolente de compañeros, y contestarla sobre este terreno.

El Partido Socialista Polaco persigue aquí una política moderada, según las prácticas de sus hermanos en espíritu de Alemania, del grupo Scheidemann, Ebert, Noske — ambos bajo el disfraz de principios y lemas socialistas han

estado y están tratando de conseguir la vivisección del pueblo ruso.

Desde la fecha de esta correspondencia los legionarios polacos llegaron a apoderarse de Vilna, y los actos salvajes de estos hábiles discípulos de los cosacos rusos, arrojan una luz peculiar sobre el carácter de la «cultura», en cuya difusión los «socialistas» polacos están cooperando tanto, según su propia confesión.

Sin embargo, no obstante la insinceridad del documento y a pesar de lo absurdo de la afirmación del Partido Socialista Polaco, según la cual él representa la clase obrera de Polonia, el gobierno ruso de los Soviets aprovecha la oportunidad para mostrar su presteza en llegar a un acuerdo con sus enemigos, aunque defendiendo siempre los derechos de las pequeñas nacionalidades a su real autodeterminación. (N. del T.)

El Partido Socialista Polaco al Partido Comunista, de Rusia

Del «Izvestia», Moscú, Abril 15, de 1919

Al Comité Central del Partido:

Consideramos de nuestro deber, aprovechando de esta oportunidad, hacer llegar al Comité Central del Partido Comunista Obrero Ruso la fórmula detallada de la actitud asumida por el Partido Socialista Polaco, expresión de los puntos de vista y tendencias de las grandes masas del proletariado polaco.

1. Consideramos la soberanía y la independencia de Polonia como condición necesaria para el éxito de nuestra lucha de clase por el socialismo, como antecedente indispensable del desarrollo de la cultura polaca y, en consecuencia, también de la cultura del proletariado polaco. Consideramos toda tentativa de invasión del territorio de Polonia, por parte de las tropas del Soviet, como atentado contra la independencia del país y repeleremos tales tentativas con firme resolución.

2. Lo mismo en cuanto se refiere a las tentativas de intromisión por parte del gobierno de los Soviets en los asuntos internos de Polonia. Tal tentativa es, fuera de toda discusión, el hecho de la formación del gobierno de los Soviets polacos en Vilna como también la ayuda suministrada por el gobierno ruso de los Soviets al Partido Comunista Obrero de Polonia. Insistimos, categóricamente, en la liquidación del gobierno seudopolaco que existe ahora en Vilna, del cual la clase obrera polaca no sabe nada, y en cuya designación no tuvo la menor participación.

3. La cuestión de los límites de la República Polaca la deseamos resolver por la vía de la autodeterminación de la población que vive en los territorios disputados y, en primer lugar, en Lituania y en Rusia Blanca. Insistimos en la evacuación de estos territorios por las tropas extranjeras y en la realización de un plebiscito en condiciones de completa libertad política. La presunta voluntad de la clase trabajadora de Lituania, alegada como ya expresada en favor de la unión con Rusia, sobre la base de una federación, la consideramos ficticia, puesto que ni en Lituania ni tampoco en la Rusia Blanca, no hubo ninguna votación popular.

Estando convencidos que el Partido Obrero Ruso no se mostrará indiferente a la opinión del proletariado polaco, enviamos nuestros saludos fraternales a todos los obreros y a todos los socialistas.

Por el Comité Central Obrero del Partido Socialista Polaco.

M. NYEDZIALKOWSKY.

El Gobierno Ruso de los Soviets al Representante Polaco

Marzo 24 de 1919

Al ciudadano Enviado Extraordinario del Gobierno de la República Polaca:

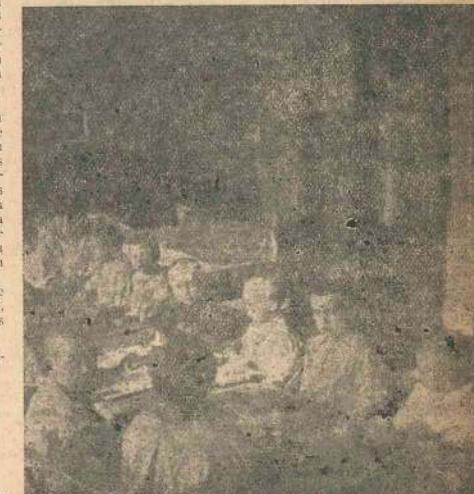
Querido señor, Alexander Ivanovich.

La carta del Comité Central Obrero del Partido Socialista Polaco al Comité Central del Partido Comunista Obrero

COMO SE CUIDA A LOS NIÑOS EN LA RUSIA DE LOS SOVIETS



Alumnos de una escuela de Moscú ayudando a preparar la merienda para sus compañeros



Niños asistiendo a clase en una escuela de Moscú

Fotografías tomadas por el corresponsal especial en Rusia del «Manchester Guardian», Mr. Goode.

ro de Rusia, que me fué entregada, y cuya última parte llamo mi atención, toca algunos problemas referentes a los cuales considero necesario dar mi opinión en nombre del gobierno de la República Rusa. Ruego a los señores llevar mis declaraciones al conocimiento de la República y del pueblo de Polonia.

Referente al primer punto de la carta del Comité Central Obrero, tengo que declarar que ninguna tentativa de invasión del territorio polaco por los ejércitos de los Soviets se contempló ni se está contemplando y la protesta del Comité Central Obrero es resultado de una información absolutamente falsa.

Con respecto al segundo punto de la misma carta, declaro que en cuanto alcanza mi información, ningún gobierno polaco existe en Vilna, y en este caso, también el Comité Central Obrero, está indudablemente mal informado.

En lo que atañe al tercer punto, relacionado con la fron-

tera oriental de Polonia, nosotros juzgamos completamente oportuno que en esta materia se efectúe una votación del pueblo trabajador de los respectivos territorios y establecer las condiciones del retiro de las tropas extranjeras; nosotros vamos a defender este punto de vista ante la República de Lituania y de la Rusia Blanca, mientras los detalles de este plan puedan ser elaborados durante las futuras negociaciones de las partes interesadas, contando con nuestra cooperación, y creemos que no habrá ninguna dificultad de parte de la República de Lituania y de la Rusia Blanca.

Le ruego, querido señor, aceptar la afirmación de mi más alta estimación.

Chicherin.

Comisario del Pueblo de Relaciones Exteriores.

Notas sobre la Revolución bolshevikí

Petrogrado, 28-to de Noviembre de 1917.

M. Albert Thomas, diputado (Champigny-sur-Marne).

Mi querido amigo:

Las novedades abundan todos los días. Kerensky habría obtenido una victoria aplastadora en Tzarskoje Selo. Sus tropas estarían a las puertas de la ciudad. La mayoría de los mensheviks rehúsan participar en el gobierno con los bolsheviks. Su oposición se hace activa y parece que ella cuenta con el consentimiento de los medios oficiales que continúan, en mi humilde entender, sin comprender nada la situación y que quieren crear, contra los países aliados, un sentimiento agravado de desconfianza y de hostilidad.

Los fusilerías han comenzado en las calles. De nuevo se afirma, porque se está dispuesto a creerlo que Lenin y Trotzky se habrían fugado. Smolny, poco más o menos estaría evacuado ya por los bolsheviks, sería sitiado por las tropas del Comité de Salud Pública. He paseado durante la noche. Las fuerzas del Comité de Salud Pública son invisibles. Los soldados bolsheviks y las guardias rojas están en sus puestos de combate. Atraveso cinco o seis barreras pensosamente y debo parlamentar durante dos horas, a pesar de mi tarjeta de entrada al Smolny. Son solamente admitidos, en efecto, los miembros del Comité de Guerra, revolucionario. Mi paciencia es recompensada. Penetro en el instituto. Esto no es el triunfo, ni la fiebre, esto es, evidentemente, la espera, la angustia, y debo decirlo, la resolución. Atrás van y vienen soldados, los camaradas con los ojos duros, en armas, que obstruyen el vestíbulo, los largos corredores oscuros y vacíos. Qué lástima que yo no disponga ni del tiempo ni del talento necesario para describir ese espectáculo. Cuatro guardias rojas con sus bayonetas caladas, me rodean y me conducen al segundo piso en una sala oscura donde, a través de una nube opaca de humo, entreveo una treintena de soldados armados, vigilando en silencio. Ellos me miran sin amabilidad. Me encuentro un poco incómodo allí. La idea absurda de que yo sería retenido como rehén cruza por mi mente. A través de un tabique de madera, un ruido de voces. Una puerta se abre. Un oficial avanza, se presenta a Krylenko, el ministro, o más bien, el Comisario del Pueblo para la Guerra. Pequeño, vivo, encanecido, de ojos de acero. Se asombra visiblemente de mi presencia, pero va a buscar a Trotzky. La puerta de la sala vecina, de donde parten las voces, permanece abierta. Al fondo, alrededor de una tabla de madera blanca, bajo una pequeña lámpara, algunos conspiradores cuchichean. Cabellos largos, caras apasionadas y cansadas. Piensan, un poco demasiado, puede ser, en la «Gran Tradición» aquella del teatro de las Artes, y busco a Vera Stráde, quiero decir, la ciudadana Kollantai, la virgen roja. Evidentemente, estoy en presencia del Comité

de Guerra. Trotzky avanza hacia mí, en forma tranquilizadora, muy camarada, amable, tanto como lo puede ser este hombre frío, puramente cerebral y visiblemente hostil a los antibolsheviks, que él supone que represento aquí. Yo sé que él ha hecho tomar datos sobre mí. Pero como soy muy prudente después de mi llegada, no temo nada y no sueño en quererlos. Hablamos cinco minutos en presencia de Krylenko. Siempre muy tranquilo, muy lúcido, Trotzky me expone la situación, por lo menos aquello que él desea dejarme conocer. Le cuento el rumor corriente acerca del aborto, seguro y del aplastamiento próximo de la insurrección. El me tranquiliza gentilmente. Conoce el fracaso de Tzarskoje Selo. Kerensky se encuentra a la cabeza de 4000 cosacos. Algunas unidades de artillería han asegurado su victoria: «El veinticinco nuestras tropas han triunfado sin combate. Ellos han sido chasqueados. Han creído que pueden deponer las armas. La lección de ayer les hizo comprender que deben volver a tomarlas. De todos los puntos del frente, regimientos, divisiones enteras se ofrecen para combatir a nuestro lado. Esta noche, el movimiento de Kerensky sobre Petrogrado será más lento, merced a los guardias que han partido esta noche. Mañana, será detenido por la artillería que acabamos de recibir. En algunos días será envuelto por las fuerzas bolsheviks que llegan del frente Norte y, obligado a rendirse, a fugarse o a morir».

Trotzky no duda nada frente a la agitación que Kaledin y sus cosacos comienzan en el sud de Rusia. Después del aplastamiento de Kerensky, se aplastará a Kaledin. Además, la propaganda bolshevikí dispersará probablemente a los cosacos, sin que el cañón se haga oír.

Lo que le inquieta, por encima de todo, es la situación política. Los mensheviks meditan un mal golpe. Naufragarán. Pero, para evitar nuevas tentativas antibolsheviks, será necesario ejercer una represión despiadada y el abismo se profundizará más entre las fuerzas revolucionarias. Os he dicho ya que Trotzky quiere realizar plenamente la revolución social, que repugnan, en el fondo, a Kerensky y a Gotz, que emprenden una campaña actualmente tan venenosa contra el bolshevikismo y tan estupidamente contraria a la revolución». Pero, Trotzky comprende, actualmente, que si los brazos son suficientes para combatir, los cerebros son necesarios para conservar el poder. Los bolsheviks deben, por consiguiente, asegurarse el concurso, además de las fuerzas populares, de las fuerzas intelectuales de las diferentes fracciones socialistas. Acepta ahora, la coalición.

¿Pero, no es ya demasiado tarde? Esta noche, la ciudad ha vuelto a tomar su aspecto de guerra: patrullas, guardias en las encrucijadas, barricadas, autos blindados.

JAQUES SABSUL.

El centro textil

22 de febrero de 1919.

Esta mañana me vuelvo a Dielovoi Dvor, la gran casa de la plaza Varvaski, ocupada por la organización central de la industria textil. A la cabeza de la organización se encuentra Noguin, un ruso muy capaz y muy energético, tan capaz que apenas creo que sea realmente ruso. Es un hombre fuerte, con una masa de cabello castaño, espeso y suelto, tan espeso que la pequeña coronilla calva de su cabeza se parece a una tonsura artificial.

Noguin me expone las grandes líneas de la reorganización de la industria textil, y ordena que se me remita todos los documentos impresos que tratan en detalle de la cuestión.

El Centro-Textil es el centro actual de la vida económica de Rusia, porque, además de que los textiles son los principales productos de cambio entre las ciudades y los pueblos, del éxito de esta industria depende el éxito de todas las demás. Por lo demás, la industria textil es la más importante de todas las industrias rusas. Ella empleaba antes de la guerra 500000 obreros; y Noguin me dice que, a despecho de la desorganización producida por la guerra y la revolución, ocupa actualmente a 400000 obreros. Esto significa que 400000 obreros reciben salarios, pero la falta de combustibles o de materias primas ha debido paralizar a muchas fábricas.

Todas las grandes industrias han sido nacionalizadas. Antes, si bien se podía encontrar en una ciudad fábricas que efectuaban todas las operaciones diferentes, estas fábricas pertenecían a diversos propietarios. Una sola firma o un solo banco podía controlar las fábricas diseminadas a través de Rusia, y porque todas las operaciones de la fabricación estaban en sus manos, las materias primas debían circular de fábrica en fábrica, a través del país, y no en una sola ciudad. Así, los materiales eran fabricados en Iaroslavl, después en Moscú, después en Tula, para volver a Iaroslavl y aquí terminar, únicamente porque las diferentes fábricas a menudo muy alejadas, dependían de la misma distribución. La nacionalización ha hecho posible el fomento racional de las fábricas, de manera que la fabricación completa se hace en un mismo sitio y economiza así los transportes. Existen veinte y tres agrupaciones generales de esta clase, y en la industria textil cerca de cincuenta grupos en total.

Se ha obtenido así, semejante concentración del control. Antiguamente, habían centenares de firmas que se hacían concurrencia, cuyos inmuebles y oficinas se encontraban en la calle Ilyinka, calle Varvalva o Nicolokaia. La ciudad china (1) estaba repleta de las oficinas de las diferentes casas textiles. Todas estas diferentes firmas, en lucha las unas con las otras, han sido concentradas en la casa de la cual estamos hablando. El control obrero ha sido regulado de tal manera, que los técnicos expertos tienen la verdadera autoridad. Celebran reuniones periódicas los representantes electos de todas las fábricas. Noguin piensa que este sistema, combinado de representación de obreros electos y de expertos nombrados, podrá ser fácilmente mejorado. La nacionalización ha tenido por efecto la estandarización de la producción.

Antes, se producía una infinita variedad de telas ligeramente diferentes; las diferencias se mantenían solamente en vista de la concurrencia del mercado. Actualmente se han suprimido esas variedades inútiles; y el resultado ha sido una mayor economía en la producción.

Le rogué que me hablara de las dificultades que tie-

nen para procurarse materias primas. Me dice que no reciben nada de América, y que mientras los ferrocarriles están cortados en Orenbourg, por los cosacos, no podrán hacer venir el algodón de Turkestan.

En efecto, han calculado en el otoño último, que tendrían materiales para hacer marchar las fábricas nada más que hasta diciembre. Pero piensan que podrán llegar hasta fin de marzo y, probablemente, más allá aún. Muchas pequeñas fábricas, quieren pintar su situación peor de lo que están, habiendo, en efecto, estimado más bajamente sus stocks. Aquí, como en otros dominios, el aislamiento de la Revolución ha tenido por efecto enseñar a los Rusos que ellos dependen menos del mundo exterior de lo que suponian.

Noguin me pregunta si yo sabía que se consideraba como imposible combinar el lino con el algodón de tal manera que la mezcla puede ser trabajada por las máquinas fabricadas para el algodón solamente. Como tienen stocks muy abundantes de lino, cuya exportación fué en otras ocasiones considerable, las investigaciones emprendidas por el Centro Textil mediante dos profesores, los hermanos Chihlkh han llegado a descubrir tres procedimientos diferentes para «algodonizar» el lino. Actualmente, pueden no solamente mezclar una ligera proporción de lino con algodón y utilizar sus viejas máquinas, sino emplear hasta el 50 por 100 de lino, y aún mismo producir tejidos con el 75 por ciento. (Algunos días más tarde, dos jóvenes técnicos del Centro-Textil, me trajeron una serie muy bien preparada de muestras ilustrando los nuevos procedimientos, y me pidieron que les enviara muestras de la misma especie, a mi regreso a Inglaterra. Ellos no eran bolsheviks; eran hombres absolutamente extraños a la política. Están encantados de lo que hace el Centro-Textil, y dicen que actualmente se fomentan las investigaciones científicas como nunca. Pero la situación económica del país los sumerge en el abatimiento. No pudo llegar a hacerles comprender por qué Rusia está aislada, y que me sería imposible enviarles de Inglaterra libros técnicos.

Noguin me dice con cierto orgullo que la industria del lino del Occidente sufrirá por el aislamiento de Rusia, mientras que a la larga la Rusia será capaz de satisfacer sin el concurso del resto del mundo. En cuanto a la lana, no habrá más dificultades, ahora que están de nuevo en relaciones con una Ucrania amiga. La industria de la seda se desarrolla en la región de Astrakán, donde las condiciones del clima le son particularmente favorables.

Le interrogué sobre la suerte corrida por los antiguos propietarios textiles. Me responde que muchos han huido al extranjero, pero que muchos trabajan también en las fábricas nacionalizadas.

Los ingenieros que, en su mayoría, habían abandonado el trabajo al comienzo de la Revolución han vuelto casi todos; los ingenieros jóvenes, particularmente, como las nuevas posibilidades que se ofrece a esta industria, la necesidad continua de nuevos perfeccionamientos y se dan cuenta que inmediatamente se toma favorablemente a todo nuevo procedimiento. A parte la cuestión de los víveres, que es mala para todos, la situación social de los obreros se ha mejorado. Una de las dificultades inmediatas es la falta de ciudades obreras. Los capitalistas y los directores de fábrica alojaban a los obreros en cuarteles. Actualmente, los hombres quieren mejores habitaciones, y nosotros pensamos dárselas mejores. Un cierto número están instalados en las casas de los patrones, pero no existen en cantidad suficiente en las proximidades de las fábricas, y nosotros hemos concebido vastos planes de creación de villas y ciudades con jardines para nuestros obreros».

Pregunto a Noguin si le parecía que Rusia tenía aún necesidad del extranjero. Para la industria textil, me

(1) Un barrio de Moscú.

dice, nos faltan máquinas. Como todos aquellos a quien he planteado esta cuestión, me dice que cada industria estaría en una situación mucho mejor si dispusieran de más locomotoras. «Muchas de nuestras fábricas se abandonan actualmente por falta de combustible, y en

Saratov, por ejemplo, tenemos stocks de materias primas que no podemos transportar a Moscú».

ARTHUR RANSOME.
Del libro «Sesé semanas en Rusia, en 1919» edición francesa.

El Partido Comunista y los intelectuales de Alemania

por E. KERENLE

El presente notable artículo fue publicado en «La Internacional», del 18 de Agosto de 1919, una revista fundada por Rosa Luxemburgo y Francisco Mehring, y actualmente órgano del Partido Comunista Alemán, bajo la dirección de Jorge Shuman, en Berlín. Aporta elementos de juicio sobre el momento actual de la lucha de clases en Alemania.

La economía capitalista traza una línea gruesa entre el trabajo intelectual y manual, entre la dirección y la realización de la producción. Los intelectuales forman aquí una capa social aparte, una capa situada económicamente entre los capitalistas y la masa explotada. Por su posición social y su manera de vivir, los intelectuales pertenecen, más bien, a la clase capitalista, pero su situación económica empeora cada año más, y les hace bajar a las filas de la clase obrera.

El proceso de diferenciación que se opera en la clase media, en las sociedades capitalistas altamente desarrolladas, ha creado también entre los intelectuales que generalmente salen de la clase media, la división y la contradicción de clases que están creciendo continuamente. Mientras una parte de los intelectuales se desarrolla en un grupo parasitario, es decir, ayuda a los capitalistas a esquilmar al cuerpo social sin participar directamente en ningún trabajo útil, la otra parte, mucho más numerosa, de los intelectuales se ve obligada a vivir en una «pobreza vergonzante», disfrutando en cambio del honor de trabajar en una sociedad capitalista altamente desarrollada, en la cual, sin embargo, no pueden considerar su trabajo como otra cosa más que como una carga ingrata. Basta comparar el nivel de vida de los directores de la industria, del comercio, de la banca y de las sociedades de seguros con la suerte amarga de los miles de técnicos, químicos y demás empleados; o el de las notabilidades de modo en las ciencias, literatura, arte, música, teatro y medicina que ganan millones con el de los profesionales humildes, que lejos de ser menos capaces, hacen su trabajo con mayor sinceridad y buena fe, pero que, desgraciadamente, carecen de «relaciones» para ocupar puestos más importantes.

El capitalismo ha transformado el trabajo intelectual, también, en producción en masa, ha dividido el proceso del trabajo, introduciendo la esclavitud asalariada y ha transformado al trabajador en una máquina. El trabajo intelectual a pesar de haber realizado tanto en diversos campos de la vida, ha llegado finalmente a una división de trabajo tal, que lo ha rebajado al mismo nivel del trabajo manual. Esta situación ha sido causada por la predilección de la clase media, por la carrera de «graduados» y profesionales, por los empleos de oficina y de técnicos especialistas.

Además, el grupo intelectual consideraba a su posición social como demasiado elevada para rebajarse a la lucha por el mejoramiento de su situación económica.

La creciente necesidad material ha despertado, también, en la mente de los trabajadores intelectuales, el pensamiento de organizarse, de unirse en el campo de los intereses económicos y políticos comunes. Donde el capitalismo consiguió, más o menos, someter en su proceso de producción a los trabajadores intelectuales y los ha ligado hasta cierto grado con la masa de los trabajadores manuales, allí ha

despertado, también, entre los trabajadores intelectuales, la conciencia de clase y se han creado organizaciones de clase con tendencias más o menos acentuadas de lucha de clases. No fue de ningún modo una mera casualidad cuando precisamente los empleados superiores en las industrias técnicamente más altas fueron los primeros en organizarse en una «sociedad gremial libre» no obstante de que no tomaban aún directamente parte en el proceso de producción. En cambio, en las fábricas medianas y pequeñas, la mayor parte de los empleados estaban hasta hacía poco penetrados del espíritu del pequeño burgués. Algunas profesiones intelectuales, como por ejemplo, los maestros, habían sido educados con tanto arte y cuidado por el estado burgués, que se les había hecho imposible contagiarse con ideas socialistas. Todos los funcionarios y empleados del Estado estaban divididos en grupos y rangos de diferentes títulos y órdenes en forma de que los empleados superiores vigilaban a los inferiores; el sistema de ascensos ha creado un espíritu repugnante de lacayos y ha atrofiado, entre los empleados, todo sentimiento de dignidad humana.

Se precisaba en Alemania una catástrofe terrible para sacudir hasta lo más hondo a los intelectuales y para que se iniciara en sus filas, también, un movimiento de clase con tendencias socialistas.

Tal catástrofe fue el derrumbamiento económico y militar del otoño de 1918. Este derrumbamiento llevaba entre la gran masa de los intelectuales no sólo una mayor desocupación, estrechez y miseria, sino que una mayor decepción. Entre los intelectuales la ideología desempeña un papel mucho más grande que entre los trabajadores manuales. La fraseología burguesa acerca de la patria, el pueblo, la democracia, la «tréguera ciudadana», los intereses comunes del capital y del trabajo, la misión civilizadora de Alemania, etc., pueden en muchos casos desviar también al proletariado manual, oscurecer su conciencia de clase y echar atrás sus tendencias revolucionarias. Esto, precisamente, sucedió en el interior del país, y aún más en los frentes, se cuidaba que el proletariado se sacara de la cabeza las frases podridas sobre la «tréguera ciudadana», la patria y la misión civilizadora de Alemania; no obstante ser cierto que él fué evidentemente, el más engañado, el oprimido, el esclavo. Pero los trabajadores intelectuales, gracias a su situación ambigua — económicamente perteneciente al proletariado y socialmente a la burguesía — creían sinceramente, con toda el alma en los ideales burgueses e imperialistas. Precisamente los mejores de entre ellos, los idealistas, se embriagaban con la amplitud y grandeza de las ideas del mundo imperialista. Trataban así, de encontrar una sanción moral y cultural a la brutal política colonial. Pero notaron que tras de haber ayudado a los capitalistas durante décadas a recoger ganancias, ellos mismos se rebajaban y se hundían en mezquinos intereses materiales.

Cuando la burguesía se sintió llamada a un nuevo avance en su poder y grandeza, los intelectuales comenzaron a presentir, también, el tiempo de su resurrección. ¿Qué sabían ellos de las leyes económicas que dominan el imperialismo? Ellos soñaban con una nueva Grecia germanica, mil veces más grande que la antigua, con todo el arte, la ciencia y la alegría de la antigua Grecia, pero sin la esclavitud brutal

y la violencia de la antigua Grecia. Ellos creían sinceramente, que el capital y el trabajo tienen intereses comunes, que la paz debe reinar, a lo menos en los «estados civilizados» para que se pueda con tanto mayor facilidad despojar y esclavizar a los países de capitalismo menos desarrollado. Precisamente este punto de vista sobre la resurrección próxima del capitalismo hizo más fácil a miles de intelectuales soportar los sacrificios y sufrimientos del tiempo de guerra, los toros ciegos frente a la miseria que ya entraba en sus propias casas.

El golpe sobrevino inesperadamente y el despertar fue terrible. La ideología del imperialismo reventó como una ampolla de jabón. Y aquello que tomaron por oro, resultó ser de un brillo falaz que los atrajo al pantano para hundirlos. Un sentimiento de bancarrota se apoderó de los intelectuales, el mismo sentimiento que aplastaba entonces a la burguesía. Este estado de ánimo los llevó el 9 de Noviembre (1). Mientras la burguesía pronto volvió a sí del espanto y empezó con el instinto sano de una clase dominante, a reconquistar las posiciones perdidas, los intelectuales sólo comenzaron a mirar alrededor suyo para darse cuenta de lo que pasaba. Entonces fue rota la pared artificial que los separaba de las masas obreras. Ellos adquirieron la conciencia de clase. Embelezados por los empleados de bancos, de vías de comunicación y de comercio, los intelectuales se lanzaron, con firmeza siempre creciente, a las organizaciones proletarias de lucha. Les siguieron uno tras otro los demás grupos intelectuales. Artistas, profesores, médicos sintieron, de golpe, que pertenecían a los despojados, y empezaron con el mayor interés, a estudiar los problemas sociales y económicos contemporáneos. Si la socialización de la producción y el estado soviético no son ya ahora para los trabajadores manuales meros temas de discusiones políticas, sino de importancia práctica, lo mismo acontece con los obreros intelectuales. Ellos tienen que definir su actitud frente a aquellos problemas. Los grupos parasitarios entre los elementos intelectuales, continúan todavía siendo hostiles a la revolución social. Su actitud, sin embargo, no es siempre clara, recordada a la de aquellos que buscan su camino en la oscuridad; están vacilando.

En la situación actual el primer deber del proletariado revolucionario, y especialmente del Partido Comunista, que comprende la situación política y tiene cierta experiencia práctica, es acudir en ayuda de los intelectuales y del proceso de su desarrollo. Los trabajadores manuales muchas veces desconfían de los «proletarios de cuello almidonado» y de los «académicos». Esta hostilidad se explica bien, históricamente. El orgullo pequeño burgués está lejos de haber desaparecido de las filas de los empleados y de los funcionarios. Se puede hoy todavía notar cómo los empujados piden para sí un Consejo aparte de los Consejos Obreros, privilegios especiales para el trabajo intelectual, salarios más altos, etc.; estos resabios del pasado tienen que ser descartados. Hasta hace poco el proletariado, realmente, tenía una mala experiencia de los «académicos», que muchas veces venían a las filas de la democracia no para conseguir lo mismo entre los partidos burgueses. A veces aún venían a las filas de la social-democracia con el liberado propósito de hacer de los social-demócratas social-reformistas, para «enoblecer», por así decir, el marxismo. Pero aún siendo esto cierto, no debemos llegar al otro extremo y negar completamente el papel importante desempeñado por los intelectuales. Del hecho que un trabajador trabaja en la fábrica y otro en una oficina o en el gabinete de estudios no resulta, necesariamente, que el trabajador en la fábrica entienda mejor la situación de su clase, los métodos y fines de la lucha de clases que

el trabajador intelectual. Académicos como Lassalle, Marx, Liebknecht y Rosa Luxemburgo han merecido mucho del socialismo. El oscuro instinto de clase debe ser educado y profundizado por medio del trabajo intenso de la inteligencia, sólo entonces la teoría puede ser realizada en la práctica.

El proletariado revolucionario educado tiene es cierto que proceder con cuidado, para que el partido no quede disuelto entre un elemento inexperto e inexperimentado, que muy posiblemente está aún influenciado por ideales burgueses y cuyos puntos de vista son, en principio, diferentes de los del proletariado revolucionario.

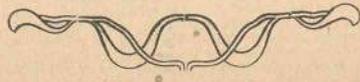
Aparecen ahora demasiado charlatanes políticos. Su obra consiste en aprender algo de los marxistas revolucionarios para criticarlos; mezclan las teorías marxistas con la fraseología de la cultura burguesa, y traen a las filas obreras, a modo de panacea, la fórmula de que los problemas sociales tienen que resolverse «sin lucha». Basta señalar a un charlatán como el doctor Rodolfo Steiner que ofrece a los trabajadores un regalo como el del socialismo cristiano y también otros que salieron, como hongos después de la lluvia, con sus escuelas superiores, escuelas obreras, colonias socialistas, etc., que posiblemente, son bien intencionados, pero que carecen de cabeza clara. Todos ellos tratan de enoblecer a la revolución y transformarla de movimiento político-económico en movimiento puramente cultural. Se olvidan de un detalle: que primero debe venir la revolución político-económica para que pueda crearse una cultura nueva, que la renovación espiritual del mundo no puede efectuarse sin una previa revolución político-económica.

Reconocemos toda la buena voluntad de estos idealistas que se adhieren al comunismo mientras el movimiento todavía es despreciado y perseguido. Pero con buena voluntad, valentía e inclinaciones idealistas no podemos ser ayudados. Tenemos que exigir de los intelectuales que lleguen a nosotros, de que no se crean ya en posesión de la verdad, sino que sería y modestamente se entreguen al estudio del socialismo marxista, que se aprovechen del materialismo histórico como de un método dialéctico de investigación y con esfuerzo continuo se forjen la coraza de las armas necesarias para participar prácticamente en la lucha de clases. Sólo así probarán la honestidad de sus objetivos y que son capaces de ahondar nuestra lucha, que tienen derecho a criticar nuestros métodos y servirnos de ellos. Lo que necesitamos son cabezas claras, campeones decididos, como Rosa Luxemburgo, Leo Jogujes y Levine.

La lucha revolucionaria de clases precisa de los intelectuales, precisa del arsenal de su ciencia y de su conciencia, del arma de los estudiosos, de la madurez literaria y retórica con la cual el intelectual supera al trabajador manual. El comunismo, aún después que el proletariado se haya apoderado del Estado, no podrá hacer obra grande y buena sin los intelectuales. Nuestro objetivo, pues, es hacer arraigar la lucha de clases entre los intelectuales. A ellos les decimos: «Tenéis grandes responsabilidades. Reconocéis cada día más la bancarrota del capitalismo. Vosotros mismos habéis del socialismo como de la salvación única. Bueno: vosotros entonces tenéis, ante todo, el deber de acelerar la llegada del socialismo; tornar el nacimiento del nuevo orden lo más fácil y lo menos doloroso posible. Como gente culta, estáis contra la «cultura bárbara». Pero no fué acaso el sabotaje de los intelectuales, no fué la culpa de ellos lo que ha hecho tan difícil y doloroso el camino de la revolución rusa? Vosotros habéis abandonado en el momento decisivo a los trabajadores manuales, los habéis traicionado y vuestra inacción ha agravado la violencia bárbara».

En consecuencia, debéis rectificáros e ingresar al Partido Comunista para impregnar el movimiento con algo de vuestro y hacer menos trágica la lucha decisiva.

(1) De 1918, fecha de la revolución alemana.



El Congreso de los Consejos de Obreros de Inglaterra

Como es notorio, el movimiento de los Comisarios de reparto, ha tenido sus comienzos y se ha desarrollado en Inglaterra durante el período bélico, especialmente en las oficinas mecánicas y en las minas, o sea en las ramas de producción más extensamente absorbidas por los trabajos de la guerra. La indecisión de las Trade Unions y el escaso rendimiento del trabajo facilitaron la extensión del movimiento, tanto que no hubo ciudad o aldea en la cual no surgiera un Consejo de Obreros.

Cuando el armisticio trajo el abastecimiento del armazón guerrero, los comisarios de reparto más a la vista, fueron los primeros en ser expulsados, y el licenciamiento fue facilitado por el hecho que oficinas en las cuales trabajaban primeramente millares de obreros se hallaron reducidos a emplear algunos centenares o algunas docenas. El movimiento de los comisarios fué grandemente dañado por estas transformaciones. Muchos Consejos cesaron de existir y otros continuaron llevando una vida raquítica. Así, un Consejo que en 1918 pagaba a los organismos centrales 80 libras esterlinas, en 1919 quedaron reducidas a 4. La circulación del diario de los Consejos que antes del armisticio llegaba a 10.000 ejemplares semanales descendió de golpe a 3.000.

El Consejo de los Obreros continúa, no obstante, viviendo una existencia lozana en Glasgow. Aquí tiene las oficinas, diario y organizadores propios.

En Londres el movimiento de los Consejos de los Obreros es hoy, por diversos motivos, más fuerte y mejor organizado que durante la guerra.

Los Consejos de obreros siempre han tenido la tendencia a vivir una vida espasmódica, transformándose en intensamente activos cuando estallaba alguna agitación en la masa, debilitándose y casi desapareciendo en los períodos de tranquilidad.

Embrionalmente los Consejos Obreros son Soviets, estos, como se hallan constituidos actualmente, no están en posesión de un mecanismo que los coloque en posibilidad de ejercer esas funciones pacifistas que ahora corresponde a las Trade Unions. No pueden pagar subsidios en caso de enfermedades y huelgas, no pueden resarcir los daños y hacer gozar a sus miembros de los beneficios inmediatos de semejante naturaleza. Su objeto práctico es doble; ante todo, se proponen transformar los sindicatos de oficio en uniones industriales, sobre la base de los organismos de reparto y oficina; en segundo lugar, quieren suministrar a los obreros, en este período de crisis, que está agradablemente llevando a la abolición del capitalismo, un medio de cohesión, de expresión y de acción.

En los días 10 y 11 de Enero pasado ha tenido lugar en Londres, un congreso nacional de los Consejos de Obreros. Estaban presentes cerca de 63 delegados, representando a 77 mil obreros. Fue elegido, con pocos cambios, el mismo Consejo Nacional, que se compone actualmente por Jorge Peet, secretario; J. T. Murphy, vicesecretario; T. Kine, tesorero; A. Mc Mannis, W. Gallacher, T. Dingley, Watkins y D. Ramsay.

El Congreso decidió adherirse a la Tercera Internacional y aprobó las siguientes resoluciones: «Respecto a la nacionalización (minas, ferrocarriles, etc.) el Congreso, invita a la clase obrera a sostener a los mineros y a toda otra categoría de obreros en su lucha contra la clase capitalista; declara que ninguna nacionalización de cualquier rama industrial que deje intacto el poder de la clase capitalista, servirá al propósito emancipador de los obreros, e invita a las masas trabajadoras organizadas a luchar por la expropiación de las minas, de los ferrocarriles y de los otros medios de producción y de cambio, en interés exclusivo de los obreros».

El Congreso declara, además, que toda propuesta de control mixto, sea la del proyecto Sankey o de la relación Whiteley, que cualquier otra propuesta de origen capitalista es contraria a los mejores intereses de la clase obrera e invita a los trabajadores a organizarse con el objeto de ejercer ellos mismos, de manera autónoma y en interés de las

masas explotadas, el control sobre el mecanismo industrial y social del Estado.

«El Congreso declara que la forma de organización soviética o de Consejos Obreros es la más adaptable para hacer ejercer por los obreros el control sobre las fuerzas de producción y distribución y, en consecuencia, invita a las Trade Unions y a las cooperativas de todas las localidades a ponerse en contacto con los Comisarios de Reparto y con los Consejos Obreros para ayudarse a desarrollar, en el más breve tiempo posible, los nuevos organismos. Confía en que esta decisión será enviada a todas las sociedades cooperativas».

Respecto a la creencia de la vida «el Congreso de los Comisarios, se asocia al Congreso de las Trade Unions al protestar contra el siempre creciente costo de la vida, pero afirma que los propósitos esquemáticos de subsidios y permisos es un vano expediente, e invita a las organizaciones obreras locales y nacionales a preparar los organismos económicos capaces de asumir toda la responsabilidad de garantizar el bienestar de los trabajadores».

Respecto a la desocupación, el Consejo Obrero de West London, pide que sea registrada en las órdenes verbales la siguiente resolución: «el Congreso pide e invita a todos los trabajadores organizados a agitarse en favor de la jornada de seis horas, la semana de cinco días, o por otra abreviación semejante de los horarios que hagan posible la absorción en las industrias de todos los desocupados».

«El Congreso reclama para cada obrero el minimum de salario de una libra esterlina, minimum que será aumentado proporcionalmente al aumento del costo de la vida, calculándose sobre la base de las estadísticas gubernativas de Diciembre de 1919».

Respecto a la conscripción: «El Congreso de los Comisarios se asocia al Congreso de las Trade Unions al condenar la conscripción para un servicio militar destinado a sostener al capitalismo, y reclama la completa desmilitarización de todos los soldados, y la inmediata cancelación de las leves sobre el servicio militar del número de las leves del Estado».

Respecto a Rusia: «el Congreso saluda a la República de los Soviets de Rusia y con entusiasmo aclama la espléndida obra constructiva que los Soviets han realizado para el comunismo. Se congratula con el ejército rojo por su magnífica lucha contra el capitalismo militante y declara su solidaridad con la República Rusa de los Soviets y con los obreros que en todo el mundo luchan contra el capitalismo internacional».

«El Congreso deplora que los obreros ingleses hayan tolerado el ataque que las fuerzas mundiales capitalistas realizan contra la Rusia de los Soviets. Invita además, a los socios de las Trade Unions a conferir mandatos a los delegados del próximo Congreso para declarar la huelga general tendiente a obligar al gobierno a cesar toda forma de intervención, sea mediante fuerzas aéreas, marítimas o terrestres, ya sea con el suministro de dinero a los aventureros contrarrevolucionarios, y obligarlo a restituir inmediatamente las relaciones comerciales y hacer la paz con Rusia sobre la base del principio de no reclamar ni anexiones ni indemnizaciones y dejar libremente a los pueblos a decidirse por sí mismos».

Respecto a la policía: «el Congreso protesta enérgicamente contra la acción gubernativa que pretende suprimir una legítima asociación de trabajadores, como es la Unión Nacional de los funcionarios de policía y de las prisiones».

«Nosotros creemos que la ley de 1919 sobre la policía forma parte de un siniestro proyecto de militarización de las fuerzas de policía y destruir en última instancia a todas las organizaciones de la clase obrera».

«Pedimos, por consecuencia, la abrogación de la ley de 1919 sobre la Policía y la readmisión al servicio de los agentes de policía y carceleros que fueron licenciados por medio de actos arbitrarios, y recomendamos desde ahora a los Comisarios de Reparto y a los Consejos Obreros de iniciar en todo el país una acción simultánea y colectiva, capaz de obligar al gobierno a adherirse a estos reclamos».

Contra la intervención en Rusia

Discurso pronunciado por Ernest Lafont en la Cámara Francesa, el 24 de Marzo, 1919

El Cónsul Fantasma

Hay más. Un cónsul de Francia, que no es solamente un agente diplomático de la república francesa, sino que representa sobre todo vuestra Francia política...

Ministro de Relaciones Exteriores. — ¿Cuál es su nombre?

Lafont. — Hennot.

Ministro de Relaciones Exteriores. — Hennot ha sido desconocido completamente por mí. (Exclamaciones en la Extrema Izquierda). Nunca ha sido enviado por mí.

Lafont. — Lamento que exista en Odesa un cónsul de Francia, que no sea enviado por el Ministro de Negocios Extranjeros.

Ministro de Relaciones Exteriores. — Nunca le ha sido confiado ninguna misión diplomática.

Lafont. — El señor ministro querrá hacerme saber que el señor Hennot quien es cónsul.

Ministro de Relaciones Exteriores. — Absolutamente no.

Lafont. — ...es enviado no ya por su ministerio, sino probablemente por otro departamento.

Ministro de Relaciones Exteriores. — Yo no he hablado de departamento. Yo os digo simplemente que el no es cónsul de Francia y que nunca ha sido encargado de ninguna misión diplomática.

Bon. — Entonces, ¿quién es él?

Ministro de Relaciones Exteriores. — Yo no lo sé. Nosotros tenemos un cónsul en Odesa, pero no es él.

Lafont. — En las «Noticias de Odesa», del 20 de Enero, en uno de estos diarios sometidas a la censura de la manera en que ya os hablé — y el señor ministro podrá darse cuenta, si quiere tomarse la molestia de hacerlo traducir íntegramente — apareció una entrevista, no de un simple privado, sino de uno que se calificó como cónsul francés y que debió ser enviado allá por alguna autoridad, puesto que se necesitan pasaportes para trasladarse a Odesa y se necesita alguna facilidad de transporte, a menos que Hennot haya llegado por fraude, en un aeroplano privado, que en el caso semejante, el general Anselme o el general Berthelot le habría detenido. Como sea en las columnas de este diario, el cónsul habla con tono importante de toda la política de los aliados y de Francia. Yo os diré algunas cosas, para demostraros mejor la posición de este singular personaje, que no es enviado por ninguno y que habla en nombre de todos.

«Bien, muy bien, en la Extrema Izquierda». Se le formulan preguntas. Y no es un diario solamente, sino todos los representantes de la prensa de Odesa que se dirigen a esta alta personalidad ignorada por Quai d'Orsay, y conocida allá por todos. Se le plantea la cuestión de cómo conducir el plan de penetración de los aliados o más bien de los franceses. «La declaración de la Conferencia de la Paz, dice, coincide con aquella a la que tienden los representantes de los aliados en Odesa».

Veis que él no habla como un simple mercader de castañas, legado allá por su voluntad para vender los productos de la Cereme. El que no tiene una misión, no puede hablar con tanta autoridad.

«Ante todo, la diplomacia francesa y las tropas francesas, llegaron a Ucrania para establecer un contacto económico y político con Rusia».

Se le pregunta si el gobierno tendrá orígenes populares.

«En general, yo no asumo la responsabilidad de organizar algo que sea una expresión regular de la opinión pública, ni aún en la forma considerada por la declaración, mientras reine la actual anarquía pan-rusa. Es claro que es necesario, ante todo, restablecer el orden y que, solamente después de haber restablecido el orden y la tranqui-

lidad, será posible tener una ó otra opinión pública organizada». Otro caso: «Esto nos autoriza a creer que la población verá con mucho agrado el avance de las tropas aliadas, que no hallarán en su camino obstáculos serios, sobre todo por parte de la población, y si tales obstáculos aparecieran...» dice este hombre con el aire de tener alguna autoridad, «... entonces, en nombre de los intereses del Estado, en nombre de la unificación de Rusia...» He aquí las palabras que se lanzan sobre Ucrania, que mañana no será, quizás, más independiente. No sé lo que nos reserva la historia, pero en esta hora manifiesta enérgicamente su voluntad de separación «... en nombre de la unidad de Rusia, estaremos obligados a evitar estos obstáculos con la ayuda de medidas apropiadas». Y ahora la gran política. «La declaración de la Conferencia de la Paz, en el relativo al problema ruso, tiene, sin duda, una importancia colosal, pero parece que ella no traerá cambios esenciales...» — sobre este último punto, y no sé si está en desacuerdo con nosotros el cónsul de allá — «... lo que ha sido comenzado será realizado».

El señor Hennot daba, pues, su adhesión a la decisión de la Conferencia de la Paz sobre la reunión de la isla del Príncipe; esta adhesión se asemeja extrañamente a la que se debió dar a los asuntos extranjeros de París. De todos modos, este señor que no es nada, se expresa en los términos que yo os he hecho conocer; luego habla de los delegados de Petlura que deben llegar a Odesa: «Yo no he visto aún a estos delegados. Es posible que no los vea».

Son estos los delegados oficiales de Petlura, es una primera tentativa sin duda, antes que el general Berthelot nos represente allá, antes que se envíen pequeños destacamentos o negociadores más o menos oficiales por parte de Kiel, para restablecer el contacto con Petlura y su gobierno. Han sido enviados delegados de Petlura a Odesa. Este señor es quien deberá recibirlos, si, en efecto, cree hacerlo. Curioso desconocido el hombre sin misión!

Extrema Izquierda. — ¿Quién es?

Senbat. — En este documento público asume el papel de cónsul.

Lafont. — He aquí el título consentido por la censura. «Entrevista con el señor Hennot...» yo no respondo del nombre, porque está traducido del ruso «... cónsul francés».

Franklin-Bouillon (Presidente de la Comisión de Negocios Extranjeros). — ¿Permitis una intersección?

Lafont. — Voluntariamente.

La diplomacia de los militares

Franklin-Bouillon. — La verdad es bien simple, señor Lafont. El señor Hennot ha sido enviado a Odesa por las autoridades francesas de Rumania, y es una señal de incoherencia absoluta de nuestra política, que haya sido enviado sin que el Ministro de Relaciones Exteriores lo sepa. En cuanto a sus declaraciones, lo comprenderéis fácilmente, pues os diré, que por sus relaciones de familia es enteramente devoto a la causa de la Rusia Unificada. Así, pues, cuando se quiso tratar con los representantes de Ucrania, se dejó que el señor Hennot se expresara públicamente al respecto, lo que era una verdadera declaración de guerra a Ucrania.

Lafont. — Yo tengo algunos escrúpulos en continuar este debate, desde esta tribuna, puesto que yo estoy en presencia del gobierno de París y no del de Jassy. Yo desearía tener frente a mí a todos los gobiernos juntos franceses: ¿Usted tiene, pues, en el mundo, sucesales que no le obedecen? (Risas). Es un régimen de descentralización, que es admirable, pero excesivo, (Nuevas risas) y también

malamente diestro, malamente diestro quizás no para vos otros — esto sería demasiado —, sino para Francia, cuyos intereses son comprometidos por tanta incertidumbre e incoherencia. Yo me explico vuestro estupor. No conocéis al consúl que el general Berthelot envía de Jassy a Odesa, y como no os hacéis leer los diarios rusos, no sabéis ni aún — como yo — de golpe, lo que han dicho. ¿En estas condiciones podéis responderme algo sobre los demás puntos? ¿Los demás agentes, de los cuales estoy hablando, son agentes oficiales del gobierno oficioso francés? ¿La política rumana del general Berthelot, se opone a la política, que yo no sé como calificar, del Quai d'Orsay? ¿No sois capaz de hacerlos obedecer por doquier? ¿Y la guerra quien la dirige? ¿También la guerra es imputada de lo que acontece allá? ¿El general Franchet d'Esperey tiene una política, como el general Berthelot? Existe la vuestra, que nosotros queremos conocer.

Esos políticos son, quizás criticables, pero nosotros los conocemos y vuestra política es, quizás admirable, pero nosotros la ignoramos (*Risas y aplausos en la Extrema Izquierda*). ¿En estas condiciones, debemos continuar examinando los hechos de Rusia? No; yo no renuncio a su discusión — al contrario, permitidme también de llorar mi instante de duda — la que será todavía más necesaria, que ahora, yo no hablo solamente para la Cámara, sino también para el señor Pichon. Es a él a quien debo instruir desde esta tribuna.

Quiero decirle. Existen por el mundo, personas que se condecoran con el título de consúl de Francia, y que a la vista de todos, representan a Francia, y a vuestro departamento. En teoría, parece que no representarían nada; en efecto, éstos representan todo, porque es el general Berthelot quien tiene autoridad allá, y no el ministro de Relaciones Exteriores francés (*Bien, muy bien en la Extrema Izquierda*).

Ya he dicho suficientemente, para demostrar que las gentes de Odesa, de las cuales «Le Matin», de hoy ha descubierto los sentimientos, han podido, poco a poco — y yo tengo el derecho de decirlo, legítimamente — ser conducida a esta desafección de Francia, que ahora no se les sabría reprochar. La Francia que ellos deseaban, era la del ideal, la que vosotros cantasteis otras veces en los diarios en los cuales escribís, era la Francia de la gran revolución y de la nueva democracia. Se les ha enviado, en cambio, una banda de reaccionarios que desearían suprimir el sufragio universal y recuperar las tierras de los campesinos, pues estos son del mismo parecer que M. Lazare Weiller, que piensan que tomar a los que tienen mucho para dar a los que no tienen suficientemente es saquear.

Lazare Weiller. — Permitidme que os diga que habéis interpretado inexactamente lo que he dicho.

Lafont. — Las simpatías que se esperaban, desaparecen una vez que estáis allá, puesto que no podéis ser amado más de lejos. Una vez que se os conoce o se conocen a aquellos que os representan, o los que no os representan — para nosotros es la misma cosa — pero que son todos iguales, para nuestra desgracia, los representantes de Francia, se ven obligados a ser juzgados, y una vez juzgados, se han condenado.

Es hacia un gobierno de reacción, que se tiende cada día más, mientras que al comienzo esto se disimulaba.

El terror blanco

Cuando se creyó que los aliados estuvieran detrás — por lo menos los franceses — es por eufemismo que yo digo los Aliados, puesto que los ingleses y americanos permanecen en las calles, en una posición prudente y lejana.

Bon. — ¡Eso es lo grave! Nosotros estamos solos.

Lafont. — ... cuando se tuvo la impresión de tener consigo a los soldados de Francia se desencadenó el propio reaccionarismo revelándose lo que era, vale decir, agentes del zar. Y, bien, esto permitidme que os lo diga, ya no es ni política, es una acción verdaderamente infame que se ejerce allá todos los días contra personas de opinión avanzada. El régimen Denikin es el terror blanco, nosotros lo hemos dicho y probado con diversas publicaciones.

Sólo recordaré un hecho, del cual tengo la prueba; no lo saco de por festigos directos que tenían consigo, también, fotografías. Desafortunadamente temieron que las autoridades francesas requisarian demasiado dentro de las valijas, y destruyeron estas fotografías. En esta época es muy bueno desconfiar. Yo tengo la prueba de estos testimonios y de la orden del día de un Congreso; no ya de un congreso socialista, sino de un congreso realizado en Sinveropol, del 30 de Noviembre al 8 de Diciembre de 1918, que reunía a los representantes de los zemstvos y de las ciudades de Rusia meridional, estos viejos organismos liberales de la Rusia zarista, que no han sido atacados por el virus, no ya del bolshevismo, sino tampoco por el virus socialista moderado, que vosotros ya teméis. En este Congreso se leyó un telegrama dirigido al presidente del consejo municipal de Sinveropol, que participaba en el Congreso, telegrama que emanaba de una ciudad llamada Bakhmout. Escuchad. Es la verdad transmitida por telegrama, sobre los abusos sangrientos, que todos los días, deshonran a la Rusia reaccionaria y que, si nosotros no estuviésemos algunas veces para protestar, deshonraría a la misma Francia.

(Continuará)

En venta:

NICOLAS LENIN
La Lucha por el Pan

LEON TROTZKY
Trabajo, orden y disciplina
salvarán la República Socialista

Precio: 0.20 ctvs.

A cantidades mayores se hace el 20 o/o de descuento.
Pedidos a José N6, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

En venta el folleto:
del Capitán JACQUES SADOUL.

Ex-miembro de la
Misión Militar Francesa en Rusia.

Dos cartas a Romain Rolland

Una obra gigantesca
cumplida por gigantes

(CARTA DIRIGIDA A JEAN LONGUET)

Pedidos a JOSE N6:
Casilla de Correo 1160, Bs. Aires.

El 10 de Mayo
aparecerá el folleto de Carlos Radeck
El desarrollo
del Socialismo

DE LA CIENCIA A LA ACCION

EN PREPARACION:

Las nuevas Cartas
de JACQUES SADOUL

➔ Apareció el folleto ➔
Spartacus

Propósitos, objetivos y aventuras

SUMARIO: La Unión «Spartacus», (programa y objetivo). Manifiesto de los espartaquistas a los trabajadores del mundo. Cómo cayó Spartacus. Cómo pereció la «Rosa Roja». El proceso de los asesinos.

precio del ejemplar \$ 0.20

A cantidades mayores se hace el 20 o/o de descuento. Pedidos a José N6, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

PIDALO EN LOS KIOSKOS

BIBLIOTECA «DOCUMENTOS DEL PROGRESO»

Nicolás Lenin. — La victoria del Soviet. — John Reed. — Cómo funciona el Soviet	(agotado)
Jacques Sadoul. — Una obra gigantesca cumplida por gigantes	0.10
Nicolás Lenin. — La lucha por el pan. — León Trotzky. — Trabajo, orden y disciplina salvarán la República Socialista	0.20
León Trotzky. — El advenimiento del bolshevismo. (Desde la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litovsk)	1.00
Spartacus. — Propósitos, objetivos y aventuras	0.20

A estos precios deberán agregarse los gastos de franqueo.

EN NUMEROS SUCESIVOS SE PUBLICARAN ENTRE OTROS ES-

TERESANTES TRABAJOS, LOS SIGUIENTES:

N. Lenin. — Los problemas de la III.^a Internacional.

N. Lenin. — El porvenir del Soviet.

H. Barbuse. — La voluntad de los veteranos de la guerra.

C. Nikolsky. — La República Rusa de los Soviets.

Nicolás Bukharin. — Iglesia y Escuela en la República de los Soviets.

Felipe Price. — El sistema de los Consejos en Rusia.

El movimiento obrero en los Estados Unidos hacia la izquierda.

N. H. Brailsford. — ¿Parlamento o Soviet?

Eugenio Varga. — Los problemas del Soviet húngaro.

El programa agrario del Partido Comunista de Alemania.

León Trozky. — El porvenir de la guerra y de la paz.

L. Larin. — La acción económica del poder de los Soviets.

R. Arsky. — El control obrero en Rusia.

La correspondencia y giros, dirigirla a nombre del administrador

José N6, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

SUSCRIPCION

Semestre	\$	2.00
Año	"	4.00
Precio del ejemplar	"	0.20

Pídalo en los kioskos y a los revendedores

Hágase suscriptor

A NUESTROS LECTORES

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que existen disponibles números atrasados. Los interesados pueden solicitarlos enviando su importe a Casilla de Correo 1160.